

Axxón 128, julio de 2003

Acerca de esta versión

Editorial - Axxón 128

Esperanzas



Decidí hablar aquí de un tema que, estoy seguro, toca hondo a muchos de los lectores de esta revista. Se trata de escribir. Han pasado muchas cosas en mi vida, pero a pesar de todo, de las alegrías y los dolores, recuerdo muy bien cómo me sentía cuando esperaba aparecer un número de Nueva Dimensión en los quioscos o en una librería, luego El Péndulo, y también algunas otras revistas. Tenía gran necesidad de leer material fresco, y sólo las revistas tienen material así. Y deseaba saber qué es lo que publicaban esas revistas, qué era lo que sus directores elegían, qué nivel y qué temas tenía, porque yo, tímidamente, con vergüenza, también escribía mis cuentitos.

En esas épocas le envié cuentos a varios editores. Nunca tuve respuesta hasta que un día pude llegar hasta Marcial Souto a través de otro escritor, y entonces sí, Souto me llamó a un breve encuentro y allí me comentó lo que veía en mi cuento. Corregimos unas cuantas cosas y ese cuento apareció en Minotauro (la revista) y luego en otras partes.

Yo tenía la ilusión de publicar en El Péndulo (cosa que nunca ocurrió) y en la colección Minotauro (la de libros, que siempre me pareció de extraordinaria calidad). Tengo que aceptar que esas aspiraciones fracasaron, pero algo logré.

Me imagino lo que les pasará hoy a los autores que me escriben por e-mail, mandándome un cuento o cuentos. El e-mail es más fácil y más ágil de responder. En general, creo yo, esperarán una opinión. Y, por supuesto, tendrán el deseo de que su cuento alcance el nivel necesario y sea publicado. Yo quisiera que nadie tenga que decir "Carletti nunca me respondió", pero sé que algunas veces no lo hice. No es que me escude detrás del pomposo cargo de Editor o el de Director de la revista y me olvide de lo que yo pasé. La realidad

es que no es tan raro que las tareas que me impone la revista, es decir, las tareas que yo mismo me impongo para que la revista salga bien, me superen. No sé si cuando esto pasa se notará y por eso yo también espero una realimentación, digamos una carta (e-mail, obvio) con un comentario, opinión, sugerencia… Tengo que decir, con tristeza, que muchas veces entro a bajar el correo y luego me siento muy solo. No sé si a otros les pasará, pero pienso que la sensación debe ser parecida a la que sentirán los autores cuando pasan los días y yo (u otro editor de otra revista) no les contesto.

Discúlpenme, pero la verdad es que no quiero hacer esto. Si ocurre es porque estoy sobrepasado.

Por esta razón, porque sé que este nivel de sobrecarga me afectó varias veces, es que quiero hacer una convocatoria: les pido a aquellos autores que no han recibido ninguna respuesta a su envío que me reenvíen el material. Muchas veces tengo la sensación de que puedo haber perdido la oportunidad de publicar algo bueno. Incluso una vez se me dañó un disco rígido y me quedaron cuentos en otro lugar, sin el nombre del autor y sin ningún dato. Es una cosa que los autores deberían tener muy en cuenta: los envíos deben tener siempre el nombre del autor y los datos de contacto en el mismo texto del cuento. Recuérdenlo cuando me envíen textos a mí y cuando lo hagan a cualquier otro lugar. En el caso de Axxón, es muy bueno que incluyan sus datos de autor al pie del cuento, como los que solemos publicar en la revista. También pueden mandarme una fotito.

Cuando uno hace el trabajo de escribir, o de dibujar, y presenta su esfuerzo a alguien que lo evalúe, jamás debería encontrarse con el silencio. En un esfuerzo así se pone mucho de uno. Se ponen ilusiones y esperanzas. En un mundo en el que tanta gente sufre de desesperanza, no quiero hacer nada que la aumente. Si me enviaron algo y yo no respondí, es que pasó algo. Por favor, insistan.

No sé qué les pasa por la cabeza a los editores que están en el circuito comercial, pero en la experiencia de una revista como Axxón créanme que lo que más deseo es recibir material, que sea suficientemente bueno y que pueda publicarlo.

Eduardo J. Carletti, 1 de julio de 2003
ecarletti@axxon.com.ar

Correo 128

julio de 2003

Jueves, 19 de junio de 2003

Muy apreciado Eduardo:

Me dirijo a tu sección de Correo para dar respuesta a una carta publicada en Axxón nº 127 (junio de 2003), en la que Angel E. Milana hace alusión a mi artículo "El sueño de los dioses" (Axxón nº 126, mayo de 2003), cuestionando, en cierto modo, la verosimilitud del despreocupado pesimismo desde el que planteo mi tesis.

Estimado Angel: el esfuerzo que por mi condición de vitalista irreductible me veo obligado a ejercer para hundir mis conclusiones en las ciénagas del catastrofismo, se ve plenamente recompensado por reacciones como la tuya, que me devuelven vahídos de fe en el género humano. Yo también quiero (deseo) pensar que siempre habrá disconformes que lucharán para cambiar los sistemas "orwellianos" y similares. No creo, además, que pueda existir el sistema totalitario perfecto y permanente, al estilo de "1984", que irremisiblemente se vería succionado por la paradoja de "quién vigila a los vigilantes". Y como ya he comentado en otro lugar, la maquinaria perfecta de "Matrix" se me antoja, por lo pronto, descabellada y un poco boba.

Pero este camino de disneyficación sistemática de la población por el que todos, en mayor o menor grado, arrastramos los pies, en el que ya muchos de nosotros nos vemos incapaces de distinguir entre ciertas realidades y ciertas ficciones (como tú bien dices debido a la alienación, de alta intensidad en el presente según mi punto de vista), señala hacia un ominoso horizonte de negros nubarrones de atontolinamiento generalizado

(¡en el que me incluyo, por supuesto, no me las iré a dar yo ahora de listo!)…

Así pues, con mi humilde articulito lo que he pretendido ha sido cumplir (habida cuenta del contexto en el que ha sido publicado, es decir: esta revista) con uno de los más venerables objetivos de la ciencia-ficción: plantear la pregunta de "qué pasaría sí…", e imaginar una respuesta extrema. Advertencias de este tipo conforman casi un subgénero en toda regla. Y estarás de acuerdo conmigo en que no pocos augurios oscuros de la ciencia ficción pretérita han visto, después de ser enunciados, su lamentable materialización en la vida real.

Oséase, "mejor prevenir que curar". O como decía aquél, "piensa mal y acertarás". O como decía un amigo mío, "los paranoicos siempre acabamos teniendo razón". De todas formas, en el peor de los casos (esperemos que nunca llegue), confío en que a ambos (y otros muchos) se nos cuente en el número de emboscados resistentes a la deshumanización.

En fin, que tienes razón.

Espero, porque si no la tienes, dimito de este planeta.

Un abrazo para Ángel y otro para Carletti.

Carlos Atanes

Seguramente Ángel leerá esta carta y te responderá, si lo considera necesario.

Eduardo J. Carletti

Viernes, 20 Jun 2003

Hola Eduardo…:

¿Qué tal? Mi nombre es Emmanuel, tengo 23 años, y se me piantó un lagrimón al ver la cantidad de links que surgieron cuando "tipié" en el buscador "Revista Axxón".
Hacía muchos años que no leía la revista, hace creo que casi 10 años

atrás que leí el último número de la misma, luego de 2 años de leerla todos los meses… Me acuerdo que recién entraba a la secundaria (ahora polimodal) y los números de la revista que me bajaba de los ya casi extintos BBS tenían dos dígitos. Repentinamente apareció internet y el único BBS que funcionaba en Catamarca, donde vivo, dejo de existir. Así como dejo de existir el BBS, dejo de existir para mí la tan querida red de mensajería FIDONET, y como decís en la editorial de la revista #126 que me acabo de bajar, la forma de comunicarme cambió, así como la "comunicación" unilateral que tenía con la querida Revista Axxón. Vos decís en tu Editorial que no sabés muy bien cómo hacer para poder adaptarte a esta nueva forma de comunicación, ya que la revista ha dejado de ser lo que solía… Sin embargo, que me dejás para mí, que al ver como ha crecido la revista y ver la cantidad de números que existen hasta este momento, no se cómo voy a hacer para ponerme al día… jajaja…
Tantos años atrás leí la revista y nunca escribí, pero al ver el crecimiento que han tenido queria felicitarlos y agradecerles por los incontables números de esta maravillosa revista que he leido y que no sólo me entretuvieron sino que desarrollaron mi imaginación en esos años de mi vida, y que afortunadamente me volverán a cautivar y a hacerme trasnochar como en los viejos tiempos…
¡Te mando un abrazo muy grande a vos y a todo el equipo que produce la revista y que la producía a principios de los 90's, cuando era un asiduo lector de la prestigiosa Axxón!

Recuperamos poco a poco aquella enormidad de seguidores que hemos tenido, lo que es una satisfacción constante, porque de los lectores depende que esta revista haya tenido —y tenga— una vida tan larga, tan fructífera y tan vital. A los que se reencuentran con nosotros, muchas gracias por hacerse conocer.

Eduardo J. Carletti

Enviar las cartas a ecarletti@axxon.com.ar

Desde que abrimos la Lista Axxón se han anotado enormidad de personas, y por esto muchas opiniones que antes se intercambiaban por el Correo ahora se presentan y discuten día a día en la Lista. No me pareció razonable extraer textos de opinión de ella para ponerlos aquí, ya que son medios diferentes. Espero que alguno de los "Listeros" mande de vez en cuando una carta para este Correo. No sea que lo dejemos huérfano…

Eduardo J. Carletti
ecarletti@axxon.com.ar

Ese día

Yoss

Ese día…

Ese día Li Chan Huao, de 64 años, se graduó de Arquitectura en la Universidad de Beijing; el Partido lo felicitó. Ese día murieron 1526 niños de SIDA en África. Ese día fracasó otro experimento sobre la antigravedad en los Laboratorios Bell; pero el vocero de la compañía declaró que los objetivos teóricos se habían cumplido al 100%. Ese día el abogado colombiano Jorge Domínguez no descubrió ninguna razón para no disparar el revólver apoyado en su sien; **pum**. Ese día murieron 60 soldados pakistaníes y 70 hindúes en una escaramuza en Cachemira; cada gobierno culpó al otro del incidente. Ese día la búlgara de 16 años Irina Korometiéva probó la cocaína por primera vez en un pub del Soho, Londres; cuarenta minutos después dejaba de ser virgen. Ese día *Snow*, el mapache albino del zoo de Los Angeles, murió de viejo; tenía 12 años. Ese día el diputado liberal Shiro Mashimoto declaró su homosexualismo ante toda la Dieta Imperial japonesa. Ese día el noruego Daag Svensen impuso un nuevo premio Guinnes destapando 156 botellas de cerveza seguidas con los dientes; la *Colgate* la contrató como testimonio publicitario. Ese día fue sentenciado a cadena perpetua el pedófilo belga Jean Louise Lambert, de 54 años; las pruebas encontradas en Internet lo condenaron. Ese día el cultivador de sorgo camerunés Mvamba Obongo miró a lo alto y le preguntó a Dios por qué era tan pobre; Dios no le contestó. Ese día el Parlamento Europeo continuó el debate sobre la legalización de la marihuana; sin ningún acuerdo. Ese día Jeff Stryker, estrella porno gay, declaró que se retiraba; fue decretada una jornada de luto en San Francisco, EUA. Ese día el stunt-man alemán Rutger Ender cayó de su motocicleta mientras intentaba saltar sobre el Gran Cañón del Colorado; sufrió fracturas menores. Ese día Morivangsin Anaragaragh, de 6 años, aprendió su primera letra en Dakka, Bangla-Desh.

Ese día, en fin, no había pasado nada de particular, hasta que, de repente…

Aparecieron…

Aparecieron ecos inidentificables en el sonar del submarino nuclear ruso *Minsk*. Aparecieron, moviéndose lentamente, quince paralelípedos metálicos de seis metros de altura en Les Champs

Elisées de París. Aparecieron nubes malvas sobre Ulan-Bator, Mongolia; llovieron ranas y peces vivos. Apareció el monstruo de Loch Ness ante los espectadores que seguían una regata en el lago escocés; tampoco esta vez lograron fotografiarlo. Aparecieron cinco descomunales pirámides de cuarzo refulgente junto a las de Keops, Gizeh y Micerinos, y nadie pudo tocarlas; las rodeaba un fuerte campo repulsor. Aparecieron unas formas ojivales de kilómetros de largo en un foto del Cinturón de Asteroides tomada por el telescopio espacial Hubble. Aparecieron millares de pequeños insectos azules en la sala de los Echevarría, en Guayaquil, Ecuador; cuando Gloria, su sirvienta indígena, trató de barrerlos, recibió una potente descarga eléctrica a través de la escoba. Aparecieron dos billetes de un millón de dólares en la bóveda de un respetable banco de Lausana, Suiza. Aparecieron de la nada diez árboles sin hojas en torno al oasis sahariano de Sidi-Al-Fayum; medían casi trescientos metros de altura. Aparecieron seis coroneles Ulrich Ohm idénticos en el aeropuerto militar de Tempelhof, Alemania; todos jurando ser el real. Aparecieron manchas rojas en la nieve alrededor de la estación rusa Mirni, en la Antártida; en cuestión de minutos crecieron coloreando de escarlata todos los alrededores. Aparecieron millones de palomas migratorias sobre los cielos de Wisconsin; se habían extinguido más de cien años atrás. Aparecieron varios extraños vehículos sin ruedas que flotaban a 15 centímetros del suelo en un parqueo de la calle Ginza, en Tokio.

Aparecieron en tan poco tiempo tantas cosas y seres, y tan extraños, que todos los seres humanos, por una vez, llegaron a la misma conclusión: finalmente, habían aparecido…

Los extraterrestres…

Los extraterrestres que se posaron con su nave en el Central Park de New York eran humanoides de piel verdeazulada; en un perfecto inglés, dijeron venir de la Nebulosa de Andrómeda y que querían ver un musical de Broodway. Los extraterrestres que iban en las inmensas naves ojivales detectadas entre Marte y Júpiter siguieron de largo sin siquiera acercarse a La Tierra. Los extraterrestres humanoides de grandes cabezas y oblicuos ojos negros que entraron en la tienda de Simón Waleska en Iquitos, Perú, pidieron una botella de *Graujanga* bien fría en un horrible español, y como no tenía, Simón les dió *Coca-Cola*; ellos la escupieron con asco. Los extraterrestres arbóreos surgidos en torno a Sidi-Al-Fayum no reaccionaron ni los gritos ni a los disparos de los beduinos, pero en cuestión de minutos absorbieron toda el agua del oasis; y florecieron. Los extraterrestres que se materializaron en el desierto de Gobi eran reptiles bípedos y sin lengua que sólo se comunicaban

por señas, pero los pastores mongoles les ofrecieron igualmente el *kumis* de la hospitalidad; les encantó. Los extraterrestres que subieron riendo a los vehículos flotantes del parqueo de Ginza habrían pasado por niños humanos, de no ser por sus grandes orejas de murciélagos; jugaron a perseguirse durante horas… atravesando de vez en cuando alguna pared. Los extraterrestres titánicos y piramidales en Egipto no hicieron nada ni dejaron que nadie se acercase. Los extraterrestres rojos de la Antártida resultaron ser bacterias coloniales inteligentes y se distribuyeron sobre la nieve formando letras, palabras y oraciones, todo escrito en sánscrito, que ninguno de los presentes podía leer; aunque por el mapa estelar que dibujaron, un geógrafo supuso que eran de Próxima del Centauro. Los extraterrestres que se habían mimetizado como el coronel Ulrich Ohm empezaron a cambiar de forma cada vez más rápidamente; ante los ojos del verdadero y atónito Ulrich Ohm y de sus camaradas militares aparecieron rápida y sucesivamente 5 Madonnas, 2 Hitlers y 3 Mussolinis, 4 Mahatma Gandhi y un Umberto Eco y al fin, de nuevo, otros 5 Ulrich Ohm. Los extraterrestres bajitos y con aspecto de enanos negros enfurruñados que aparecieron en las cabinas transparentes de Amsterdaam fueron recibidos con gritos de horror por las *señoritas* que allí se exhibían ligeras de ropa hasta que una misteriosa niebla azul opacó las vidrieras; segundos más tarde ya sólo se escuchaban intensos gemidos de placer. Los dos extraterrestres con aspecto de billetes de un millón de dólares se comieron todo el efectivo de las bóvedas del pequeño y respetable banco suizo; su apariencia cambió entonces a la de billetes de 100 millones de dólares. Los extraterrestres que surgieron desde las alcantarillas bajo la inmensa Avenida Libertador de Buenos Aires recordaban a mantis religiosas gigantes con escafandras; eran tantas, tantísimas, que cuando comenzaron a desfilar por la ancha alameda, ni el ejército ni la policía argentinos se atrevieron a hacer nada… ni siquiera cuando empezaron a morir a miles en plena calle. Los extraterrestres acuáticos que rodeaban al submarino nuclear ruso *Minsk* no se molestaron siquiera en intentar comunicarse con sus tripulantes; pero atrajeron a todas las ballenas y delfines en millas a la redonda para sostener un animado coloquio.

Extraterrestres de todos los tipos, tamaños y procedencias parecían haber invadido la Tierra a la vez, y la humanidad contuvo el aliento, esperando. Pero, salvo algunas **molestias menores**, todos parecían interesados en una sola cosa: Mirar.

Vieron…

Vieron la pornografía y las tarjetas de crédito electrónicas.

Vieron el río Ganges frente a la ciudad santa de Benarés y la Plaza de España en Roma. Vieron a Michael Jackson y la tumba del Soldado Desconocido en Arlington. Vieron la guerra y los deportes de contacto. Vieron Machu Pichu y las cataratas de Victoria en el río Zambeze. Vieron a Serguéi Bubka y a Tom Clancy. Vieron las camisas de poliéster y los autos familiares 4x4. Vieron el desierto de Kalahari y el lago Tanganika. Vieron la pesca submarina, los divorcios y los hospitales psiquiátricos. Vieron el cráter humeante del Vesubio y la isla de Ascensión. Vieron las armas de fuego y la comida precongelada. Vieron el SIDA y los sostenes *Wonderbra*. Vieron un sermón del padre Constantino en el monte Athos y un recital de Britney Spears en Moscú. Vieron los monopatines y el barbecho trienal. Vieron una exposición retrospectiva de Picasso y a Kristo envolviendo en polietileno la Opera de Sidney. Vieron los dragones de Comodo y los huesos del último dodo de las Islas Mauricio. Vieron el paracaidismo acrobático y los suicidios masivos. Vieron el Mäelstrom frente a la costa escandinava de Lofoden y la Gruta del Mamut en los Estados Unidos de América. Vieron a los *Rolling Stones* tocando en vivo y a la momia de Elvis Presley. Vieron el nacimiento de dos gemelos de oso panda gigante en el zoo de Shangai y el fracaso del primer trasplante de cerebelo humano. Vieron la televisión por cable y las bicicletas. Vieron a Saddam Hussein y a Pamela Anderson. Vieron las islas Feroe y la Estación Espacial Internacional. Vieron las plataformas petroleras oceánicas y las discotecas. Vieron un videogame de *Batman vs. Joker* y otro de *Cristo vs. Satán*. Vieron escenas de canibalismo en Uganda y en un palacio de la avenida Unter Der Liden de Berlín. Vieron las minas de carbón de Pennsylvania y a una artista de circo finlandesa cuyo acto era fumar con la vagina. Vieron el campo de concentración de Auschwitz y las Torres Petronas de Kuala Lumpur. Vieron un debate entre el candidato presidencial republicano y el demócrata en Philadelphia, y las elecciones en Islandia. Vieron una ejecución por inyección letal en la presión de Shwshanl. Cincinatti, EUA, y la autocastración ritual de un fakir brahmán en Calcuta.

Vieron tantas cosas que prácticamente se podría decir que vieron toda la Tierra. Y, cuando la humanidad esperaba lo peor (como, por ejemplo, ser juzgada, hallada culpable y exterminada) simplemente…

Se fueron.

Se fueron las bacterias rojas inteligentes y los reptiles bipedos y las inmensas pirámides. Se fueron y la canción de todas las ballenas del Océano Pacífico cambió. Se fueron y una sirvienta de Guayaquil se negó a barrer de nuevo, mientras varias decenas de *señoritas* en

Amsterdamn suspiraban nostálgicas. Se fueron y surgieron mil cultos, sectas e iglesias que hablaban del Dios Cósmico y el Sagrado Aterrizaje, y otros mil desaparecieron sin ruido. Se fueron y sobre un redondel de césped aplastado en el Central Park de Manhattan quedaron dos entradas para *Cats* y 200 millones de dólares menos en un banco suizo. Se fueron y en la ONU, la NASA, La Agencia Aeroespacial Europea y el Pentágono se desató un frenesí de reuniones secretas. Se fueron dejando centenares de miles de cadáveres insectoides en la Avenida Libertador, que los basureros argentinos se negaron a limpiar, un charquito de *Coca-Cola* junto a la tienda de Simón Waleska en Iquitos, y un oasis seco en el Sahara. Se fueron y las series televisivas estilo *X-files* se volvieron epidemia. Se fueron y algunos quedaron tan impactados por su visita que no quisieron creer que se habían ido, y otros empezaron a desconfiar de todos sus vecinos y hasta de sí mismos. Se fueron y hubo olas de matrimonios, los índices de natalidad se dispararon hasta las nubes y se volvió a hablar de explosión demográfica. Se fueron y en la pintura y la música hubo una explosión de vanguardismo bajo el rótulo genérico de Postvisitación. Se fueron y el Parlamento español prohibió las peleas de perros por crueles e inhumanas, y en el Yemen islámico aprobaron la pena de muerte por beber alcohol. Se fueron y el millonario Rufus Wallace anunció sus planes de construir una flota espacial privada para salir al cosmos a buscarlos. Se fueron y tres días más tarde un tifón desvastó las Filipinas. Se fueron y unos suspiraron aliviados mientras otros lloraban decepcionados. Se fueron y el Monstruo de Florencia mató otra vez. Se fueron y la mayor parte de la gente se encogió de hombros y trató de seguir viviendo como antes… y algunos hasta lo consiguieron. Se fueron y dejaron a los científicos especulando sobre la razón de su marcha: unos decían que se habían asustado de la humanidad, otros que tenido pena; para los terceros había sido asco, para los cuartos, simple envidia…

Todos discuten, todos hipotetizan…Cada ser humano parece tener su propia teoría, y mil pruebas para apoyarla. Pero todos se hacen la misma pregunta:

¿Regresarán?

JOSÉ MIGUEL SANCHEZ GOMEZ (YOSS)

Yoss ha publicado en España una colección de cuentos llamada *Se alquila un planeta* (Ediciones Equipo Sirius, colección Tau-ciencia ficción) donde se puede encontrar alguno de los cuentos publicados hace tiempo en Axxón.

Nacido en La Habana (1969). Licenciado en Ciencias Biológicas de la Universidad de La Habana (1991). Comenzó a escribir a los quince años, con su incorporación a los Talleres Literarios. Es miembro de la UNEAC

(Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba) desde 1994. Actualmente trabaja en varias novelas y libros de cuentos.

Ha obtenido los siguientes premios literarios:

Premio de la revista "Juventud Técnica" de cuentos cortos de ciencia ficción, 1988.

Premio David de ciencia ficción, 1988 con el libro de cuentos "Timshel".

Premio Plaza de ciencia ficción, 1990.

Premio de cuento de la revista "Revolución y Cultura", 1992 con "Las avispas no saben llorar".

Premio de cuento "Ernest Hemingway", 1993.

Mención en el Premio UNEAC de novela "Cirilo Villaverde", 1993 con "La cáscara de los perdedores".

Finalista en el Premio "Casa de las Américas" de novela, 1994 con "Jugando a rumiarse el tiempo".

Seleccionado en la segunda convocatoria del concurso Los Pinos Nuevos, 1995 con el libro de cuentos "W".

Mención en el Premio UNEAC de cuento "Luis Felipe Rodríguez", 1995 con "Reina es la noche".

Mención en el Premio de cuentos de la revista "La Gaceta de Cuba", 1996 con "Huéspedes".

Premio único en el concurso «Luis Rogelio Nogueras» de Literatura de ciencia-ficción, fantástica y policíaca, 1998 con «Los Pecios y los Náufragos».

Ha publicado:

"Los delfines no son tiburones" (cuento), La Gaceta de Cuba, 1988.

"Timshel", Ediciones UNION, 1990.

"Las avispas no saben llorar" (cuento), Revista Revolucióin y Cultura, 1992.

"Rufus el suicida" (cuento) en la antología "Los últimos serán los primeros", editorial Letras Cubanas, 1994; en la antología "Fábula de Ángeles", editorial Letras Cubanas, 1994; en la revista suiza "Entwürþ & Zündschrift", 1995.

"Balsatur S.A." (cuento) en la antología italiana "Alabbra nude", Feltrinelli, 1995; en "Revista de la Universidad de Antioquía" (Colombia), 1995.

"Reina es la noche" (cuento) en la revista italiana "MAX", 1995; en la antología italiana "La baia delle gocce notturne", BESA, 1996.

"Despertarte, sentirte, pensar" (cuento) en la antología anterior.

"Carne de cercanía" (cuento) en La Gaceta de Cuba, 1996; en la antología "El cuerpo inmortal", Letras Cubanas 1997.

"W" (libro de cuentos), Letras Cubanas, 1997

"El Encanto de Fin de Siglo" (noveleta a cuatro manos con el escritor italiano Danilo Manera) en la antología "Vedi Cuba e poi muori", Feltrinelli, 1997.

"Los meandros de la historia", en Axxón 51.

"Trabajadora social", en Axxón 56.

"La maza y el hacha", en Axxón 83.

"Destrúyenos porque nos amas", en Axxón 94.

"El tiempo de la fe", en Axxón 97.

"El arma", en Axxón 106.

"El performance de la muerte", en Axxón 110.

“Las chimeneas”, en Axxón 113.

Axxón 128 - julio de 2003

Salmo 104

Marcelo Dos Santos

http://www.marcelodossantos.com.ar

> “Cuán numerosas son, Yahvé, tus obras…
> Todas las hiciste con sabiduría.
> Llena está la tierra de tus criaturas”.
>
> —Salmos 104:24

> “Tú estás en mi corazón;
> no hay nadie más que te comprenda,
> nadie, excepto yo, que soy Tu hijo”.
>
> —Amenofis IV Akhenatón:
> **Himno a Atón**

“Algunas veces los egiptólogos han podido comprobar que la literatura bíblica está emparentada con la literatura egipcia: el salmo CIV, por ejemplo, puede compararse al himno a Atón atribuido a Amenofis IV, sobre todo los versículos 20-26 y 29-30, compuestos en el siglo XIV” [1]

De esta manera, André Aymard y Jeannine Auboyer [2], profesor de La Sorbona el primero y conservadora del Musée Guimet de París la segunda, parecen afirmar que un poema religioso egipcio se infiltró, de alguna manera, en nuestro Libro de los Salmos.

¿Es esto posible? ¿Hemos estado, durante más de tres mil años, intentando adorar a nuestro Dios con un himno que no es más que una alabanza a un dios pagano, Atón, el Sol egipcio? Para colmo, Atón es un dios “inventado” por el rey al que se atribuye el Himno, un dios que no figuraba en el panteón zoológico egipcio y que, apenas muerto el soberano, dejó de existir de inmediato.

¿Por qué la Biblia recogió y conservó durante treinta siglos tal material?

Teoarqueología especulativa, amigos. De eso trata el artículo de este mes. Hagan el favor de tenerme paciencia. El tema no es fácil.

Los Salmos, atribuidos tradicionalmente al rey David, figuran en la Biblia Hebrea desde que el Libro existe. En la versión que utilizan los buenos católicos, llamada “Reina-Valera” [3], son el vigésimotercer libro del Antiguo Testamento, y se encuentran ubicados entre el libro de Job y los Proverbios. La moderna teología los clasifica dentro de los Libros Sapienciales, una especie de cruza entre literatura popular y libro técnico que representa la ascención al trono de intérpretes de la doctrina por parte de los doctores y sabios. Este ascenso se produjo cuando Israel se quedó sin profetas.



Caverna n° 10 de Qumram, junto al Mar Muerto, donde se encontraron copias del Libro de los Salmos

El Padre claretiano Pedro Franquesa, profesor de Antiguo Testamento y traductor de La Biblia, nos dice que “con los libros sapienciales entramos en un género literario nuevo, fruto de las circunstancias históricas en que se encontraba el pueblo judío en el momento en que fueron escritos”.

Los Libros Sapienciales de la Biblia nacieron, a pesar de algunas excepciones como el Salmo 104, del proverbio popular de la cultura hebrea: “Este género ha florecido en todo Oriente y sobre todo en Egipto, mucho antes de que Salomón lo introdujera en Israel”, escribe el sacerdote.

El tema y la esencia del género sapiencial es el concepto de **sabiduría**. El padre Franquesa afirma: “A lo largo de toda su historia, Egipto ha producido obras de Sabiduría”.

Los judíos consideran “libros poéticos” en la Biblia a los Salmos, a Job y a los Proverbios. Nosotros, como católicos, consideramos poéticos también a Eclesiastés, Sabiduría, Eclesiástico y Cantar de

los Cantares. Nuestra división es más lógica. Sin desconocer la razón con que el judaísmo llama a estos últimos, simplemente, “Libros didácticos”, hay que recordar que Cantar y Eclesiástico están escritos en versos del mismo tipo que Proverbios, y que Eclesiastés y Sabiduría también, aunque de forma y métrica algo más libre.

En hebreo, los Salmos son conocidos como “Libro de las Alabanzas”. La versión griega de los LXX los llama “Salterio”, nombre del instrumento musical con el cual se acompañaban esos cánticos religiosos. La palabra “salterio” tuvo varios significados a través del tiempo: primero designó sólo el instrumento, más tarde a la colección de himnos y, posteriormente, al libro que los contiene.

Según la numeración actual, el Libro de los Salmos contiene 150 composiciones poéticas de distintos géneros literarios. El alma hebrea se expresa en estos Salmos, poniendo ante Yahvé Dios sus alabanzas, sus lamentos, sus súplicas, su agradecimiento… Uno de los puntos más atractivos de los Salmos es su variedad: los hay alegres y tristes, públicos y privados, triunfales y derrotistas.



Manuscrito hallado en Qumram de un Salmo no

Si bien los textos de la Biblia Hebrea, de la Versión Griega de los LXX y de la Vulgata latina están de acuerdo en el número total de Salmos que debe haber en el libro, las distintas versiones difieren en la numeración de algunos de ellos, y en la división de unos pocos salmos. Esto, como es obvio, repercute en la numeración general. La que usaremos aquí sigue la de la Vulgata, de donde provienen las versiones Reina-Valera y la King James.

Posiblemente lo que yo llamo “Salmo 104” figure como “Salmo 103” en su Biblia, amigo lector, y ello no se debe a que yo esté loco ni a que no sepa contar.

Lo que sucede es que lo únicos salmos en cuya numeración están de acuerdo el texto original hebreo —por un lado— y las versiones de

los LXX y Vulgata por el otro, son los ocho primeros y los tres últimos.

Como norma general, podemos decir que, entre los salmos 10 y 148, la numeración más moderna es inferior en una unidad a la del original hebreo.



Cueva donde se encontró el Salmo de la foto anterior

Esto ocurre porque los LXX unen los salmos 9 y 10 en uno solo, y lo mismo hacen con el 113 y el 114. Para complicar el asunto, dividen el 116 en dos, y llaman a los salmos resultantes 114 y 115. Toman, por fin, el Salmo 147 y lo dividen en 146 y 147.

Por eso, si mi Biblia llama al Salmo 104 "Salmo 104" y la suya lo denomina "Salmo 103", es simplemente porque la que usted compró sigue la numeración de la Vulgata y los LXX y la mía la de la versión original.

La división de los Salmos dentro del Libro ha sido intentada de distintas formas, pero ninguna de ella ha dado resultados del todo satisfactorios.

Por empezar, podemos decir que, en el texto original, los Salmos están agrupados en cinco libros, separados por doxologías [4] que aparecen al final de los salmos 41, 72, 89, 106 y 150. El último de ellos es, todo él, una doxología. Según esta división, el Salmo 104 pertenece al Libro Cuarto.

Otra clasificación los separa según sus títulos en varias colecciones.

Como en algunos salmos se llama a Dios "Yahvé" y en otros "Elohim", se habla de la colección "Yahvista" y "Elohista".

Por cierto que todas estas divisiones son artificiosas e inútiles. Una clasificación seria debería basarse en las circunstancias sociales, históricas y culturales en que cada salmo ha sido compuesto, y es ésta la que, en verdad, nos ha permitido clasificarlos según su género literario.

De acuerdo a complicados criterios teológicos, los Salmos han sido, por fin, clasificados en seis familias. Expondremos aquí la forma más usada de organizarlos, llamada Clasificación de Djivers: 1) Salmos de alabanza, 2) De acción de gracias, 3) De súplica, 4) De peregrinación, 5) De procesiones y entronización, y 6) Salmos reales.

A la primera de ellas pertenece el Salmo 104.

Los títulos de cada uno no nos ayudan: los católicos argumentamos que ni siquiera son inspirados, es decir, que los títulos son "no canónicos". Sólo conservamos los títulos a causa de su venerable antigüedad y del cuidado que se puso, durante milenios, para preservarlos. Son para nosotros, nada más, una tradición asociada con el texto de los poemas, que sí es sagrado.

La Versión Griega de los LXX los aceptó, pero ya en aquel tiempo los títulos de muchos salmos eran incomprensibles y habían perdido su sentido.

Algunos tratan de indicar el tipo de poema de que se trata: "Salmo", "Cántico", *"Maskil", "Miktam"*. Otros son sugerencias para los músicos del acompañamiento, diciendo con qué instrumento han de cantarse, o señalando el modo de la ejecución mencionando otras tonadas que debían ser conocidas para todos en aquella época. Los hay también que dan indicaciones de uso litúrgico, históricas o que nombran al autor del mismo. Muchos de ellos han sido atribuidos así al rey David.

Los sacerdotes sumerios, asirios, babilonios y egipcios hicieron gran uso de los salmos durante toda la Antigüedad. Sería estúpido suponer que el Israel de las primeras épocas no iba a sufrir la influencia de estas florecientes literaturas, que además eran vecinas. Sabemos que los Proverbios han sido compuestos sobre modelos sumerios. ¿Por qué algunos Salmos no habrían de moldearse según el modo egipcio?

Esta pregunta es especialmente válida cuando analizamos los salmos de alabanza. Los mismos, aparte del 104, incluyen también los salmos numerados 8, 18, 28, 32, 103, 110, 112, 116, 134, 135, 144,

145, 146, 147, 148 y 150.

Los salmos de alabanza están compuestos en tres partes, que siguen casi con exactitud el modelo del himno egipcio:

1. Invitación a alabar a Dios.
2. El salmo en sí: normalmente celebra las características de Dios: el poder, la bondad, el amor.
3. Una fórmula fija que puede contener la despedida, una repetición de los versos iniciales o una finalización abrupta, al considerar el salmista que el tema del salmo está agotado.

El Salmo 104, uno de los que no incluyen el nombre de David como su autor, lleva el título de **Alabanza al Creador** y reclama del pueblo que bendiga a Yahvé. Lo compara con el Sol, describe minuciosamente los bienes que el Señor ha otorgado a los hombres y culmina impetrando la aniquilación de los impíos.

¿Puede relacionarse con sensatez todo esto con el **Himno a Atón** de Amenofis IV?

Una de las más fascinantes dinastías egipcias es la XVIII, a la que pertenecía el oscuro (aunque célebre) Tutankhamón.

En 1408 a.C. subió al trono de Egipto Amenofis III. Lo habían precedido Tutmosis III, vencedor de Meggido, Amenofis II, consolidador de las conquistas de su padre y Tutmosis IV, adalid de una gran distensión internacional luego de décadas de conflictos.

Amenofis III inauguró una larga paz que siguió a las iniciativas antimilitaristas de su padre. Como Nabopolassar y Nabucodonosor siglos después en Babilonia, Amenofis III parece haber decidido ser recordado como administrador sagaz y gran constructor de obras públicas más que como guerrero y conquistador. El sepulcro del rey, llamado “Amenofio” y el impresionante Templo de Amón en Luqsor son, aún hoy, ejemplos de perfección arquitectónica (en el caso del Amenofio según descripciones antiguas, porque no quedan de él ni las ruinas, tanto fue el odio por la reforma religiosa del rey poeta). Las dos figuras humanas monumentales que hoy conocemos como “Colosos de Memnón” son retratos del rey que originalmente estaban ubicadas en el Amenofio.



Amenofis IV Akhenatón

El joven Amenofis IV, hijo de Amenofis III, fue coronado en 1372 y reinó sólo dieciocho años. A juzgar por las estatuas que lo representan, ha de haber sido enfermizo y débil, con un cuerpo feminoide y longilíneo. Tal vez, como dicen algunos, se trate de uno de los ejemplos de corregencia entre marido y mujer, ya que las estatuas de Amenofis IV muy bien pueden haber representado originalmente a su esposa Nefertiti.

Como sea, parece que los sacerdotes de Heliópolis convencieron al joven monarca de que era necesario emprender una profunda y abarcadora reforma religiosa en todo Egipto, que consistió en reemplazar a los múltiples dioses animales por uno solo, el Sol, Atón. Se trata, acaso, de la primera experiencia monoteísta de la Humanidad, si dejamos a un lado al judaísmo.

Sin embargo, fácil es ver que tal reforma dejó sin trabajo a miles de sacerdotes, los de los templos de cada uno de los dioses reemplazados.

Amenofis, con tenacidad rayana en el fanatismo, convirtió el culto de Atón en la religión oficial del estado, cambió su nombre regio por el de Akhenatón ("El que complace a Atón"), abandonó Tebas y mandó construir una nueva capital, Akhetatón ("Horizonte de Atón"), a la que pobló con los nuevos sacerdotes y sus seguidores. Hoy en día pueden verse sus ruinas en las excavaciones de Tell el-Amarna.

La cultura egipcia sufrió un profundo cambio en manos del faraón teólogo. Si creemos a los escribas que relatan este período histórico en las paredes de los templos, el propio Akhenatón redactó un delicado himno a Atón en que exaltaba las glorias del Dios, creador, según él, de los cielos y la tierra.

En los himnos, el egipcio literario fue sustituido por el coloquial por el tiempo de la reforma religiosa de Akhenatón. El arte, antes rígido y esquemático, se convirtió en realista y humanista. Los monumentos, especialmente retratos del monarca y de su esposa, destacan con minucioso naturalismo hasta el menor rasgo de las

personas representadas, incluso sus defectos físicos.

El interés de Akhenatón por llevar adelante su reforma religiosa, filosófica y cultural, lo obligó a descuidar la parte más importante del gobierno egipcio: la política exterior. De esta manera, el imperio perdió las conquistas logradas por los antecesores del rey, que siguó ganando enemigos: a los sacerdotes de Bastet, Amón, Anubis y los demás dioses innumerables se sumaron los militares y los diplomáticos.



Akhenatón (izq.)

Previsiblemente, Akhenatón no vivió lo suficiente para ver el efecto de los cambios que impulsó: asesinado en 1354, fue reemplazado por su hijo Tuthankamón (aunque algunos lo consideran su yerno, su hermano menor, su hermanastro o aún su medio hermano).

Bautizado por nacimiento Tuthankhatón, el niño-rey fue obligado por los generales y sacerdotes a dar marcha atrás con las reformas de Akhenatón, a borrar su nombre de los templos, a destruir las iglesias de Atón, a abandonar la nueva capital y a volver a entronizar a los viejos dioses zoológicos en lugar del brillante disco solar. Sabemos hoy en día que Tuthankamón fue asesinado también –tenía sólo dieciocho años de edad— por su primer ministro, y así llegó a su fin la XVIII dinastía. La XIX ya venía en camino. El tiempo de los grandes Ramsés y Setis estaba cerca.

La experiencia de Akhenatón nos lleva a preguntarnos: ¿Cuál sería la faz del mundo si el judaísmo no hubiese quedado como única religión monoteísta de la Humanidad? ¿Cuánto hubiesen avanzado nuestra filosofía y nuestra ética si los sacerdotes egipcios hubieran permitido que Yahvé Dios se acompañase de Atón el Dador de Vida, adelantándose así por ocho siglos a la llegada a Medio Oriente de la siguiente religión avanzada, el Mazdeísmo de Zarathustra?

El Himno a Atón vibra con una ingenuidad sincera, con una emoción poética tan profunda, que conmueve al lector moderno con una fuerza igual a la de cualquiera de los Salmos. Su frescura emparenta con la de los cuentos populares egipcios, que también están relacionados con otras obras literarias. Así como el Himno ha sido adaptado en el Salmo, el "Cuento del Náufrago" del Nilo ha sido reformulado por los árabes en el Simbad de "Las Mil y Una Noches", y los papiros egipcios llamados "Cánticos de Amor" pueden ubicarse en el origen de la poesía erótica del "Cantar de los Cantares".

Acaso el más impresionante ejemplo de intromisión egipcia dentro de la Biblia sea la comunidad de conceptos, figuras y hasta redacción entre "Las enseñanzas de Amenenope" y algunas partes de Proverbios. La selección, traducción y comparación de los textos pertenecen a la Dra. Ana María Tapia A., del Centro de Estudios Judaicos de la Universidad de Chile: [5]

Amenenope	**Proverbios**
Presta tu oído y atiende a mis palabras y aplica el corazón para aceptarlas pues bueno es situarlas en tu corazón, que seguras descansen en el cofre de tu barriga para que puedan actuar como una clavija sobre tu lengua.	Inclina el oído y oye mis palabras y aplica el corazón para comprender, pues es agradable guardarlas en tu barriga para que puedan ser fijadas como una clavija en tus labios.
Considera estos treinta capítulos que deleitan e instruyen. Conocimientos para contestar al que hable y como dar un informe sobre alguien a quien te lo pida.	¿No he escrito para ti treinta frases de consejos y conocimientos, para que puedas impartir la verdad a quien quiera que hable para que pueda devolver palabras a quien te las dirija?
Líbrate de robar al pobre y oprimir al afligido.	No robes al pobre, pues él es pobre, ni oprimas al humilde que a la puerta se acerca.
Un escriba que conoce su oficio se considera digno de ser un cortesano.	Un hombre que conoce bien su profesión se mantendrá firme ante los reyes.
No comas en presencia del que manda y no te eches hacia adelante con la boca ante un gobernante. Cuando estés lleno con eso a lo cual derecho no tienes, sólo será una delicia para	Cuando te sientes a comer con un gobernante considera diligentemente lo que ante ti se encuentra; ponte el cuchillo en la garganta si eres hombre dado al apetito. No codicies las golosinas,

tu saliva. Mira el manjar que tienes delante y deja que sólo tu necesidad satisfaga.

al ver que carne engañosa son.

No vuelques en nadie lo hondo de tu alma, ni malgastes así tu sabiduría.

No hables en presencia del tonto pues despreciará la influencia de tus palabras.

Al hablar de la contribución de todas estas obras egipcias a la literatura bíblica y profana, los autores franceses citados al principio manifiestan: “Aparecen desde el Imperio Medio y se multiplican a partir de la XVIII dinastía. Se encuentran en ellas realismo, fantasía e incluso ironía. Es posible que esta literatura de imaginación haya surgido de un fondo común al Próximo Oriente; también es posible que haya contribuido a formarlo”.

Un “fondo cultural común” a todas las civilizaciones del Oriente Medio. Cada día, más antropólogos, teólogos y sociólogos están de acuerdo en la verdad de esta afirmación. Si, como Maynard y Auboyer afirman, Medio Oriente fue el caldo de cultivo de una tradición que luego se diversificó y nos dio la cultura árabe, la hebrea, la egipcia y tantas otras, no es extraño que el Himno a Atón se haya infiltrado en la Biblia. Ellos aseguran que “es indiscutible” que “El Náufrago” es el origen del Simbad, “Amenenope” se coló en “Proverbios” y los “Cánticos de Amor” sugirieron al hebreo el “Cantar de los Cantares”. Entonces, ¿realmente el Salmo 104 es el Himno a Atón, transformado y procesado por el inconsciente colectivo judío?

Veamos el texto completo del Salmo 104 [6] para compararlo más tarde con el Himno a Atón (en superíndices al comienzo los números de los versículos):

Salmo 104
Alabanza al Creador

1 Bendice, alma mía, a Yahvé, [7]
Yahvé, Dios mío, tú eres muy grande;
te has revestido de esplendor y majestad,

2 te envuelves de la luz como de un manto.
Desplegaste los cielos como una tienda,

3 construyes sobre las aguas tus altas estancias,
pone en las nubes su carroza
y camina sobre las alas del viento,

4 hace de los vientos sus mensajeros

y del fuego llameante sus ministros.

5El que afirmó la tierra sobre sus cimientos
no vacilará por los siglos;

6del abismo como de un vestido la cubriste,
las aguas se pararon sobre los montes;

7a una amenaza tuya emprendieron la huida,
a la voz de tu trueno se precipitaron;

8se elevaron los montes,
se abajaron los valles,
al lugar que tú les señalaste;

9pusiste un límite que no sobrepasarán,
no volverán más a cubrir la tierra.

10Haces brotar fuentes en los valles,
que se deslizan entre las montañas;

11abrevan a todas las bestias del campo
y de los asnos salvajes sacian la sed;

12junto a ellas hacen su morada las aves del cielo,
hacen oír su voz entre sus ramas.

13Riegas los montes desde tus estancias,
se sacia la tierra con el fruto de tus obras;

14haces crecer la hierba para el ganado
y el pasto para el servicio del hombre.
Para que saque el pan de la tierra,

15y el vino que alegra el corazón del hombre;
para que hagan brillar la faz con óleo
y el pan refocile el corazón del hombre.

16Se sacian los árboles de Yahvé,
los cedros del Líbano que él plantó;

17allí anidan los pájaros, allí, en sus copas
tiene la cigüeña su casa;

18las montañas altas son para las gamuzas,
las rocas madrigueras para los damanes [8].

19Hizo la luna para señal de los tiempos,
el sol conoce su ocaso.

20Pones las tinieblas y llega la noche,
en ella se agitan todas las bestias de la selva.

21Rugen los leoncillos por su presa
y buscan de Dios su alimento.

22Nace el sol, ellos se retiran,
para echarse en sus cubiles.

23Sale el hombre a su trabajo
y a su faena hasta la tarde.

24Cuán numerosas son, Yahvé, tus obras,
todas las hiciste con sabiduría,
llena está la tierra de tus criaturas.

25He aquí el mar, grande y vasto en todos los sentidos,
allí un pulular sin número
de animales pequeños y grandes;

26allí se pasean las naves,
el Leviatán que tú formaste [9]
para que en él retozase.

27Todos esperan de ti
que les des a su tiempo el alimento;

28se los das, ellos lo recogen,
abres tú la mano, se sacian de bienes;

29escondes tu rostro, quedan aterrados,
retiras su aliento, mueren y vuelven a su polvo.

30Envías tu soplo y son creados
y renuevas la faz de la tierra.

31Sea gloria a Yahvé para siempre,
alégrese Yahvé en sus obras.

32A él que mira la tierra y tiembla [10]
toca los montes y humean.

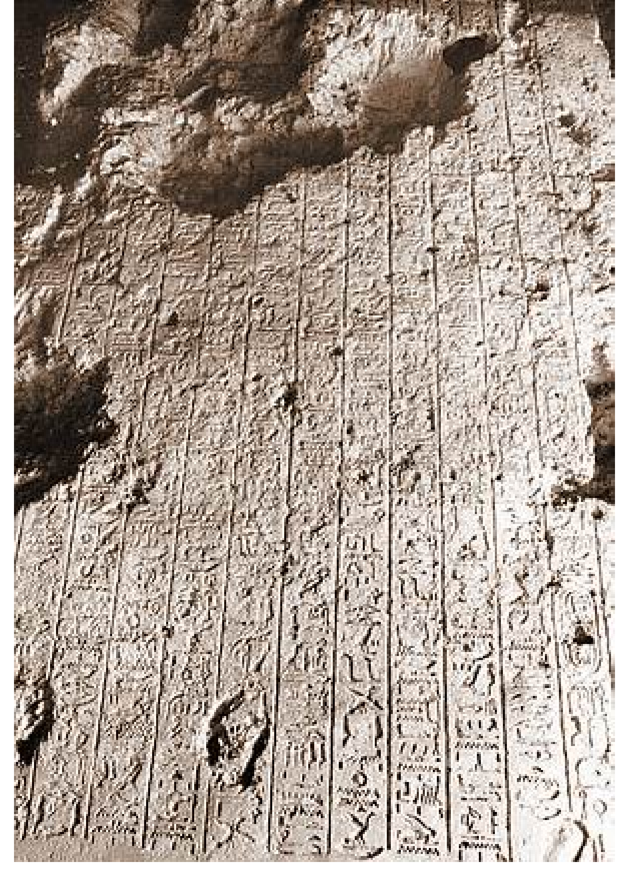
33Cantaré a Yahvé durante mi vida,
salmodiaré a mi Dios mientras exista. [11]

34Que mi poema le sea agradable,
yo me gozo en Yahvé.

35Que los pecadores desaparezcan de la Tierra
y no existan ya más impíos.
¡Bendice, alma mía,
a Yahvé!
Alleluya.

¿Cómo conocemos el Himno a Atón y cómo podríamos estar ciertos de su autenticidad?

Simplemente porque el mismo está tallado en la tumba de Ay en Tell el-Amarna (tumba número 25 Sur), y cualquiera puede leerlo, aún hoy en día. El tal Ay, casualmente, ha sido recientemente identificado como un cortesano ambicioso, elevado al rango de Primer Ministro por Tutankhamón, y se lo considera el responsable o instigador del asesinato del faraón adolescente. Su tumba está inacabada, y finalmente Ay fue enterrado en otra (la KV 23). Recientemente se ha descubierto que Ay se hizo inhumar en la tumba que originalmente estaba destinada a Tutankhamón, y mandó poner el cadáver del muchacho en el túnel donde lo encontraron Carter y Carnavon.



Original del Himno a Atón en la Tumba de Ay

El texto mejor conservado del Himno a Atón se encuentra en la pared derecha del pasillo que da al vestíbulo (número 4 en el diagrama). Se trata de una larga inscripción, dividida en 13 columnas verticales, que comienza en la parte superior del muro. Al pie se hallan representadas las figuras arrodilladas de Ay y de su esposa.

Teresa Soria Trastoy [12], que no está del todo de acuerdo con la identidad del Himno con el Salmo, escribe acerca del poema pagano: “El Himno a Atón expresa la visión cosmopolita y humanística del Imperio Nuevo en su estilo más puro. La reforma religiosa llevada a cabo por Akhenatón no goza de un carácter revolucionario, incluso no es del todo novedosa. A medida que la Historia de Egipto avanza, se ve cómo las concepciones religiosas relacionadas con el culto al sol o a las divinidades solares se hacen más fuertes”. Puntualiza que Yahvé “…no es el dios que muestra el Himno a Atón; este último es un dios frío con sus creaciones: les da la vida, les nutre y satisface sus necesidades, pero lo único que espera de ellos es su adoración y alabanza de la obra por él creada,

sin dar oportunidad a súplicas ni lamentaciones". Si bien la afirmación es cierta en el sentido teológico, no es menos verdadero que, salvo esta diferencia, las funciones y relaciones de Atón y Yahvé los hacen parecer hermanos.



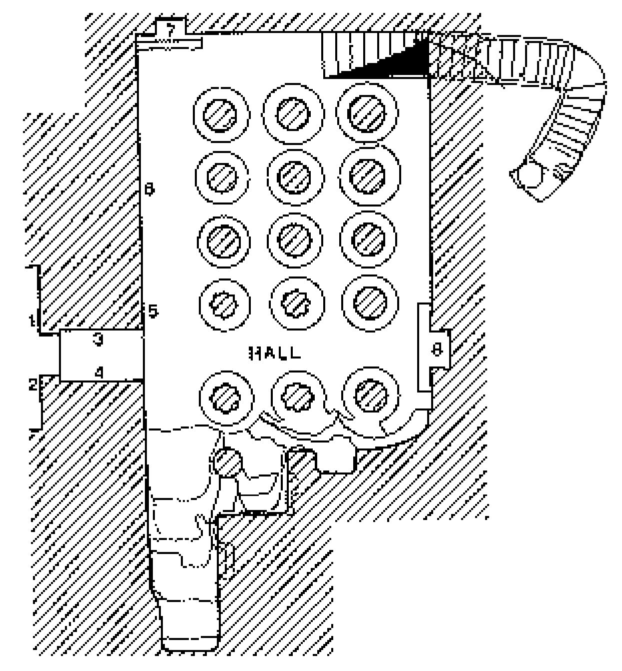
Firma de Akhenatón al pie del Himno

La versión que transcribiremos pertenece a Soria Trastoy, quien la ha traducido de la versión inglesa de Miriam Litchein [13]

Himno a Atón

¡Espléndido te alzas en el horizonte,
Oh, Atón viviente, creador de vida!
Cuando amaneces en el horizonte oriental,
llenas todas las tierras con tu belleza.
Eres bello, grande, deslumbrante,
elevado sobre todas las tierras;
tus rayos abrazan las tierras,
hasta el límite de todo lo que has creado.
Porque siendo Ra, alcanzas sus límites [14],
y los has doblegado para tu amado hijo;
aunque estás lejos, tus rayos brillan sobre la tierra,
aunque cualquiera sienta tu presencia, tus rayos son invisibles.

Cuando te pones en el horizonte occidental,
la tierra queda en tinieblas, como en la muerte;
todos yacen en las habitaciones, sus cabezas cubiertas,
un ojo no puede ver a su compañero.
Ellos podrían ser despojados de sus propiedades,
aunque estén sobre sus cabezas,
la gente no se daría cuenta.
Todos los leones salen de sus guaridas,
todas las serpientes muerden [15];
la oscuridad se cierne, la tierra está en silencio,
así como su creador descansa en el horizonte.



Plano de la Tumba 25 Sur. El Himno está tallado en la pared 4

La tierra brilla cuando amaneces en el horizonte,
mientras resplandeces como Atón durante el día;
cuando disipas la oscuridad,
cuando ofreces tus rayos,
las Dos Tierras están en fiesta
despiertas y erguidas sobre sus pies,
tú las has levantado.
Sus cuerpos están purificados, vestidos,
sus brazos adoran tu aparición.
Toda la tierra se dispone a trabajar,
todos los rebaños pacen en sus pastos;
los árboles y las hierbas florecen,
los pájaros echan a volar de sus nidos,
sus alas saludan a tu *ka* [16].
Todo rebaño brinca sobre sus patas.
Todo lo que vuela y se posa,
vive cuando amaneces para ellos.
Los barcos van corriente arriba, y corriente abajo,
todos los caminos se abren cuando te alzas.
Los peces del río saltan ante ti,
tus rayos están en el centro del mar.

Tú, quien haces crecer la semilla dentro de las mujeres,

tú, quien creas las personas del esperma;
quien alimentas al hijo en el vientre de su madre,
quien calmas apagando sus lágrimas.
Nodriza en el vientre,
dador de aliento,
para animar todo lo que creas.
Cuando sale del vientre para respirar,
el día de su nacimiento
tú atiendes sus necesidades.
Cuando el pollo está en el huevo, piando dentro de la cáscara,
tú le das aliento dentro de ella para insuflarle vida;
cuando lo has terminado,
para que pueda romper el huevo,
sale de su interior,
para anunciar su terminación,
caminando sobre sus dos patas sale de él.



El Himno en su versión original

¡Cuán grande es tu obra,
aunque escondido a la vista,
Oh, Dios Único junto a quien nadie existe! [17]
Tú creaste la tierra según tu voluntad, tu sólo,
todos los hombres, todos los grandes y pequeños animales,
todas las cosas que hay sobre la tierra que caminan sobre sus piernas,
todo lo que vuela por medio de sus alas,
las tierras de Khor [18] y Kush,
la tierra de Egipto.
Tú pones a cada hombre en su lugar,
tú satisfaces sus necesidades,
cada uno tiene su alimento,
calculas la duración de sus vidas.
Sus lenguas difieren en el idioma,
así también sus caracteres;
sus pieles son distintas,
para distinguir a las personas [19].

Tú provocas la inundación desde la Duat [20],
tú la llevas cuando deseas
dar vida a los hombres,
pues tú los has creado para ti.
Señor de todo, quien trabaja para ellos,
Señor de todas las tierras, quien brilla para ellas,
el Atón del día, ¡grande en su gloria [21]!
A todas las tierras lejanas, que haces vivir,
tú les has concedido el descenso de la inundación desde los cielos;
él crea olas sobre las montañas, como lo hace el mar,
para empapar sus campos y sus ciudades.
¡Cuán excelentes son tus obras, Oh, Señor de eternidad!
Una inundación desde el cielo para los extranjeros
y para todas las criaturas de la tierra que caminan sobre sus patas,
para Egipto la inundación viene desde la Duat.

Tus rayos alimentan todos los campos,
cuando brillas, ellos viven, ellos crecen para ti;
tú creas las estaciones para desarrollar toda tu obra:
el invierno para refrescarlos, calor para que te sientan.
Tú has creado el lejano cielo para brillar allí,
para contemplar toda tu obra,
tú solo, brillando en tu forma de Atón,
elevado, radiante, distante, cercano.
Tú creas de ti mismo millones de formas,
ciudades, pueblos, campos, el curso del río;

todos los ojos te observan por encima de ellos,
pues tú eres el Atón de las horas del día sobre lo alto.
…………………….. [22]

Tú estás en mi corazón,
no hay nadie que te conozca,
excepto tu hijo, Neferjeperura [23], el Único de Ra,
a quien has mostrado tus sendas y tu poder.
Todos aquellos en la tierra salen de tus manos cuando los creas,
cuando amaneces ellos viven,
cuando te pones ellos mueren;
tú eres el tiempo vital en todos tus miembros, todos viven gracias a ti.
Todos los ojos están puestos en tu belleza hasta que te acuestas,
todas las labores cesan cuando descansas en occidente;
cuando te levantas haces que todos se apresuren por el Rey,
todas las piernas están en movimiento desde que fundaste la tierra.
Tú los alzas para tu hijo quien proviene de tu cuerpo,
el Rey que vive en Maat [24], el Señor de las Dos Tierras [25],
Neferjeperura, el Único de Ra,
el Hijo de Ra, quien vive en Maat, Señor de las Coronas, Akhenatón,
grande durante su vida;
y la gran Reina a quien él ama, la señora de las Dos Tierras,
Nefernefruatón-Nefertiti, que viva eternamente.

Conocidos ya por el lector los textos del Himno y el Salmo, creemos interesante entrar —ya de lleno— en la comparación de los textos de ambos. Un extracto de la efectuada por Ana María Tapia —las versiones y traducciones le pertenecen—, reordenada por el autor:

Himno a Atón	**Salmo 104**
Tú te elevas espléndido en el horizonte…	Te has vestido de gloria y de magnificencia.
Tú brillas en el horizonte del Oriente.	El que se cubre de luz como de vestidura…
Tú colmas la tierra con tus dones.	Del fruto de sus obras se sacia la tierra. …la tierra está llena de tus beneficios.
Las Dos Tierras están de fiesta, los hombres despiertan y saltan sobre sus pies a causa de ti.	Sale el hombre a su labor y a su labranza hasta la tarde.
Los árboles y las plantas reverdecen. Los pájaros abandonan sus nidos, sus alas están en adoración delante de tu *ka*.	A sus orillas habitan las aves de los cielos; cantan entre las ramas.
Las ovejas brincan.	Los montes altos para las cabras montesas…

Todo lo que vuela y bate sus alas vive, cuando Tú resplandeces para ellos.	…allí anidan las aves. En las hayas de su casa la cigüeña…
Los barcos suben y descienden el río, todo camino está abierto cuando Tú apareces.	Los arroyos que van entre los montes…
Tus rayos penetran hasta el fondo del mar.	Que estableces tus aposentos entre las aguas…
Tú has creado el Nilo en el Mundo Inferior y lo llevas sobre la tierra, donde Tú quieres, para alimentar a los habitantes de Tarneri.	Tu eres el que envía las fuentes por los arroyos… Dan de beber a todas las bestias del campo; mitigan su sed los asnos monteses.
Tú creas de lo que ellos viven.	…para el servicio del hombre, sacando el pan de la tierra, y el vino que alegra el corazón del hombre, el aceite que hace brillar el rostro y el pan que sustenta la vida del hombre.
Tú has colocado al Nilo en el cielo, para que caiga para ellos.	Él riega los montes desde sus aposentos…
Él bate las montañas con sus ondas, como el mar, para regar sus campos…	Sobre los montes estaban las aguas. A tu represión huyeron, Al sonido de tu trueno se apresuraron.
Y para sus rebaños…	Él hace producir el heno para las bestias y la hierba…
¡Cuán numerosas son Tus obras y misteriosas a nuestros ojos! ¡Tú, único Dios, que no tienes semejante!	¡Cuán innumerables son tus obras, oh, Yaveh, hiciste todas ellas con sabiduría!

En el cuadro anterior los versos no están en el orden en que figuran en los poemas, sino que han sido reubicados para mostrar de modo más notorio las concordancias y analogías entre algunos de ellos.

Si comparamos nuevamente las dos obras, pero con el Salmo en la traducción de Franquesa, otras similitudes se hacen evidentes, acaso tan impresionantes como las anteriores:

Himno a Atón

Todos los leones salen de sus guaridas,
todas las serpientes muerden;
la oscuridad los cierne, la tierra
está en silencio…
Todos aquellos en la tierra…

Salmo 104

Rugen los leoncillos por su presa
y buscan de Dios su alimento.
Nace el sol, se retiran,
para echarse en sus cubiles.
…escondes tu rostro, quedan aterrados,

de tus manos cuando los creas,
retiras tu aliento, mueren y vuelven a su polvo.
Cuando tú amaneces, ellos viven,
Envías tu soplo y son creados,
cuando te pones, ellos mueren;
y renuevas la faz de la tierra.
tú eres el tiempo vital en todos sus miembros, todos viven gracias a ti.
Bendice, alma mía, a Yahvé…
Tú estás en mi corazón.
…Yahvé, Dios mío, tú eres muy grande…
Eres bello, grande, deslumbrante…
Todos esperan de ti
que satisface sus necesidades,
…tú les das a su tiempo el alimento…
cada uno tiene su alimento…

Sin ser incontrovertible, el parecido de las dos poesías es innegable.

El Dr. Richard A. Hall, muerto en 1994, con doctorados en matemática, física nuclear y medicina, dedicó un extenso y meduloso trabajo a comparar el Salmo con el Himno [26]. En él afirma: “Durante el reinado de Akhenatón, el poder de Egipto declinó significativamente. Cuando murió el faraón, sus templos fueron destruidos. Entre los pocos restos de su culto, hallamos himnos grabados en las tumbas de sus prosélitos en Amarna. El más largo de estos himnos a Atón ha sido señalado como similar al Salmo 104, escrito siglos más tarde. No hay demasiadas posibilidades para explicar cómo pudo suceder esto. Tenemos razonable certeza de que, aún en tiempos anteriores a Moisés, grupos de esclavos fugitivos de distintos tamaños vagabundearon por la Península de Sinaí. Mientras marchaban, cantaban para darse ánimos. Una de estas canciones puede haber sido el Himno a Atón, y la tradición oral pudo haber perpetuado los elementos de este poema durante los siguientes 600 años. Para los que aún no están convencidos acerca de las similitudes entre los dos documentos, la descendencia de Jacob en Egipto, descripta en la Biblia, recuerda las dinastías hicsas, con las cuales los cananeos de la Edad de Hierro conquistaron Egipto y reinaron como faraones por varias generaciones. Cuando los descendientes de los reyes originales se reagruparon y repelieron a los hicsos, tanto los conquistadores como la enorme población semita que había entrado como trabajadores migratorios antes y durante la dinastía extranjera fueron expulsados o hechos prisioneros. Éste fue el comienzo de cuatro siglos de esclavitud. A través de los que fueron expulsados, los Himnos al Sol pudieron ser introducidos en Canaán. Probablemente a causa de ello, la adoración del Sol está prohibida en la Biblia” [27].

El Dr. Hall continúa afirmando que se han encontrado nombres propios babilonios en las tumbas de el-Amarna, y que los literatos de sangre mesopotámica pueden haber traducido y transcripto los poemas de Akhenatón. Si los babilonios llevaron el Himno a su

ciudad, como acostumbraban hacer con cada nuevo documento de que tenían noticia, los hebreos pueden haber tomado contacto con él durante el Exilio (a partir de aproximadamente 600 a.C.), cuando las primeras versiones de la Biblia fueron compiladas.

Según Hall, "El Dr. H. Brügsch coleccionó algunos epítetos y citas de las escrituras egipcias hace unos cincuenta años y los publicó en su trabajo **Religión y Mitología**. La mayor parte del Salmo 104 es vagamente similar a los himnos egipcios, como el **Himno a Ra** del "Papiro de Hu-nefer".

En el citado texto egipcio, se reitera la mención de "el abismo acuoso del cielo", como ocurre en el Salmo (v.3) y en el Himno a Atón. Todas las referencia a "un mar en el cielo" (o "El Nilo del cielo" como dice el Himno) provienen del *Enuma Elish*, el poema de la Creación sumerio, que data de quince siglos antes. En este documento, los dioses partieron el agua en dos partes, dejando una arriba y otra abajo. La de arriba, por supuesto, es una excelente explicación para el fenómeno de la lluvia. La idea se repite en el Génesis, como operada por Yahvé.

Una característica asombrosa del Salmo 104 consiste, al decir de Hall, en que "El Salmo 104 atribuye al Señor características solares. Esto no se encuentra en ninguna otra parte de las Escrituras". Se refiere a los versículos 2 y 3, y en verdad la coincidencia con el concepto de las religiones heliocéntricas es sorprendente. Cabe acotar que el sol se oscureció, también, en el momento de la muerte de Cristo en la Cruz, según los Evangelios de Marcos y Mateo…

Hall apoya su teoría en ocho puntos de comparación entre el Salmo y el Himno, según la traducción que de ellos hace J.H. Breasted (**Cambridge Ancient History**, Vol. II, Caps. 5 y 6) y el trabajo de G. Davies, **The Rock Tombs of Tell el Amarna**, Archeological Survey, Egyptian Exploration Society, Vol. 6, 1903.

Los ocho puntos son:

1. La línea "Cuando te pones en el horizonte occidental" del Himno (H) con el versículo 20 del Salmo (S): "Pones las tinieblas y llega la noche, en ella se agitan todas las bestias de la selva".
2. La línea sobre los leones (H) con el v. 21 (S).
3. El verso "La tierra brilla cuando amaneces en el horizonte" (H) y los que le siguen con el versículo 22 (S).
4. El cuarto punto de comparación se sitúa entre el renglón que dice: "Toda la tierra se dispone a trabajar" (H) y el v. 23 (S):

“Sale el hombre a su trabajo…”.
5. El verso acerca de los pájaros (H) y el vers. 12 (S).
6. “Los barcos suben y descienden el río…” (H) y los versículos 25 y 26 del Salmo.
7. Compara el v. 29 (S) con el verso (H) que reza “…dador de aliento…”.
8. Finalmente, señala la identidad entre los versos que hablan de la satisfacción de las necesidades de alimentos.

Como se ve, los puntos de comparación en Hall son más conceptuales que literales, al revés de los míos y los de Ana Tapia, que sin embargo son más numerosos, aunque no tan puntuales.

Yo agregaría un noveno, entre el verso (H) que dice: “…todos los grandes y pequeños animales…” y la parte final del versículo 25 (S):”… de animales pequeños y grandes…”, haciendo la salvedad de que el Himno se refiere a los terrestres y el Salmo a los marinos.

Henry Neufeld, en su tesis **Salmo 104**: **Dios, Creador y Sostén** [28], sostiene que: “El Salmista no se enrieda en descripciones antropomórficas de Dios, sino que utiliza medios indirectos para expresar atributos”. Esta es, precisamente, la técnica de Akhenatón en el Himno: deshumanizar al dios, otorgándole todos y solamente los atributos del Sol. Encuentra también rastros de la literatura mesopotámica en el Dios que “navega en el viento” y “hace de las nubes su carroza” (versículo 3 del Salmo), ya que los dioses Baal, Mot y Yam hacían lo mismo. Señala Neufeld, además, que el principal parecido entre el Himno y el Salmo es la división de las aguas en superiores e inferiores, como ya hemos discutido. Halla otras coincidencias, aunque piensa que el Salmo ha sido mucho más influido por la mitología sumerio-asirio-babilónica que por la egipcia, y concluye: “El Salmo encaja en el patrón monoteísta / henoteísta [29]. Yahvé es celebrado por su sostén del orden natural en beneficio de su pueblo. El sol y la luna, sin embargo, son vistos como operadores de las mismas actividades en la cultura asiria, donde también habían sido divinizados. El Salmo 104, por lo tanto, está escrito en el lenguaje cosmológico del Medio Oriente antiguo, y tiene su situación de culto en el henoteísmo de Israel, en el cual Yahvé es adorado por sus acciones en forma de fuerzas de la naturaleza, las cuales aún están concebidas en los roles que han jugado como deidades de otras culturas”.

Independientemente de la comunión de Neufeld con el concepto de “fondo cultural común” que sostenemos Aymard, Auboyer y yo mismo, es interesante pensar en una suerte de transferencia de poesía entre las religiones paganas y nuestra Sagrada Biblia. Los

extraños avatares históricos y teológicos que llevaron al Buen Libro como hoy lo conocemos, hicieron posible que se nutriera de distintas fuentes, diferentes espiritualidades, otros pensamientos y distintos hombres. Acaso esta característica sea la que lo hace tan interesante, intemporal e inmortal.

Notas

[1] Antes de Cristo.

[2] En **Historia General de las Civilizaciones: Oriente y Grecia Antigua, I,2**. Destinolibro 59, Ed. Destino, Barcelona, 1981. Edición original: *L’Orient et la Grêce Antique, Presses Universitaires de France*, París, 1958.

[3] Por Casiodoro de Reina, primer traductor de las Escrituras a la lengua castellana, y Cipriano de Valera, que revisó el trabajo del anterior y las hizo imprimir en Holanda, tardando 20 años en el proceso. Por ello se la diferencia de la “King James” inglesa, la “Nuevo Mundo” que utilizan algunos grupos protestantes, etc.

[4] Fórmula de alabanza, que suele separar, en la Biblia, una sección de un documento de la siguiente.

[5] En La Biblia en el contexto del Medio Oriente Antiguo

[6] En versión del padre Franquesa.

[7] Es interesante observar que el Cántico se dirige a distintas personas a lo largo de su desarrollo: comienza el salmista hablando a su propia alma (v. 1), sigue hablando a Yahvé, y luego perora al pueblo nombrando a Yahvé en tercera persona (4-5).

En el versículo 6 vuelve a hablar a Yahvé hasta el 15, en el 16 se dirige al pueblo, y así una y otra vez hasta el final. Nadie ha sabido explicarme este extraño fenómeno.

[8] Algo así como la versión asiática de la marmota.

[9] El Leviatán, dicho sea de paso, es una figura que la Biblia ha tomado prestada a la mitología mesopotámica. Leopoldo Müller, en la revista **Relaciones**, hace notar que esta deidad acuática no es otra que la Najash Baríaj (la “serpiente huidiza”), Najash Akalatón (“serpiente tortuosa”) y la Tanin (“dragón marino”) del libro de Isaías. El animal marino (ballena o cachalote) que el Salmo llama “Leviatán” es denominado, además, Rájab y de nuevo Tanin por Job y Tehom por Habacuc. Todos estos nombres, y también Leviatán, derivan del de la diosa marina rebelde, la serpiente Tiamat del mito sumerio de la creación Enuma Elish.

[10] Traducción literal: la que tiembla es la tierra.

[11] Trad. lit.: mientras **yo** exista.

[12] Gran Himno al dios Atón de la tumba de Ay en Amarna. A **Egiptomania.com** pertenece, también, el copyright de la fotografía del muro de la tumba, su reconstrucción jeroglífica y el diagrama del sepulcro, que nos fueron gentilmente cedidas para este artículo.

[13] En **Ancient Egyptian Literature,**

II. Las notas siguientes son del autor, salvo las que se indican, que pertenecen a Soria o Lichtein.

[14] La frase consiste en un juego de palabras utilizándose el término ra (Ra) con los significados de “sol” y “final” o “límite”. (M.L.)

[15] Éste es uno de los pasajes que algunos ven similar y otros idéntico al Libro de los Salmos. (T.S.)

[16] Ka: especie de “cuerpo etérico” o “doble inmaterial” del hombre en las creencias egipcias. Es una partícula de energía divina, que anima a la materia muerta y le da vida. Siempre me ha llamado la atención la similitud fonética de ka con sus homólogos chinos (chi) y japoneses (ki). Acaso la palabra esté emparentada también con el sánscrito karma.

[17] Puede traducirse también por “quien no tiene igual”. (T.S.)

[18] Siria. (T.S.)

[19] Aunque todas las personas creadas por Atón son distintas, su diversidad no implica la superioridad egipcia. (M.L.)

[20] Cuando decimos inundación, es hapy duat. (T.S.). Hapy, la inundación del Nilo, emerge dede el Más Allá, desde el inframundo, para alimentar a Egipto, mientras que los extranjeros son sustentados por un Nilo que baja del cielo y que desciende en forma de lluvia. (M.L.)

[21] En esta traducción, éste es un caso en que cambia la persona a la cual habla el faraón. En otras

versiones, el fenómeno es igual al que se explica en la nota 6.

[22] Frases oscuras que contienen lagunas. (M.L.)

[23] Nombre de nacimiento de Akhenatón.

[24] Diosa egipcia de la justicia. Frecuentemente se la representaba con una pluma (el ka) en la cabeza, o como dos gemelas.

[25] El Alto y el Bajo Egipto. Configura un hemistiquio simétrico con la primera mitad del verso: dos diosas, dos imperios.

[26] The question of Psalm 104.

[27] Traducción del autor, tanto en este párrafo como en todas las citas de los trabajos de Hall y Neufeld.

[28] Escrita para su doctorado en Arte por la Universidad de Andrews, Mississippi. Psalm 104: God, Creator and Sustainer, 1980.

[29] Henoteísmo: concepto teológico según el cual se considera, en un politeísmo, a un dios como superior o señor de los demás.

Contratapa: Forastero en tierra extraña

Alejandro Alonso



Los libros que hemos leído



Forastero en tierra extraña
(***Stranger in a Strange Earth***)
Autor:
Robert A. Heinlein
Traducción:
M. Blanco
Ediciones Dronte (1976)
Buenos Aires, Argentina

La nave de la primera expedición a Marte, la *Envoy*, si bien llevó con éxito al planeta vecino a ocho astronautas, no pudo regresar a la Tierra y los expedicionarios debieron quedarse. Los astronautas de la *Champion*, la segunda nave que descendió en Marte para su exploración, regresan a la Tierra con la noticia de que hay vida y que un descendiente de la tripulación de la Envoy fue educado por los marcianos. Se trata de Valentine Michel Smith, que ahora ha venido a la Tierra en la *Champion* y que posee una serie de características notables.

El joven es el heredero de las fortunas de los ocho astronautas originales y, luego de unas acciones legales, resulta ser el propietario legal del planeta Marte. Se genera un tremendo conflicto de intereses y, entre intrigas, que no terminan ahí, Valentine es internado en un centro médico, donde se lo custodia severamente.

No todos están de acuerdo y se busca la forma de que no se apropien del muchacho y, con esto, de Marte. Luego de ser liberado ilegalmente, la policía intenta recapturarlo y entonces Smith muestra poderes especiales: volatiliza a los policías. Pronto se sabe que tiene poder contra todas aquellas armas y personas que encierren maldad. Aparecen cuestiones místicas. Todos los que le ofrecieron agua en algún momento resultan ser hermanos de agua del joven, porque en Marte, donde escasea el agua, ofrecerla tiene un valor muy especial. El joven es influenciado e instruido por las ideas de una secta, la de los fosteritas, que incluye entre sus

costumbres el nudismo, el naturismo y una sexualidad relajada y múltiple. Esto se mezcla con sus enseñanzas, las de los Ancianos de Marte. La cosa se vuelve religión y se propaga como la Iglesia de Todos los Mundos.

Como se ve, los ingredientes en juego son múltiples. Se desencadenan todo tipo de luchas y complicaciones, suficientes como para que el maestro Heinlein pudiera llenar un libro de 400 páginas (y tamaño muy grande) de aventuras, intrigas y decenas de elementos de interés.

Eduardo Carletti, 2003

Axxón 128 - Julio de 2003

Biblioteca popular

Franco Arcadia

Estaba sentado al borde de la cama, como tantas otras mañanas. Su cuerpo, que evidenciaba una postura relajada, contrastaba con los dientes apretados que remarcaban sus protuberantes sienes. Estiró el brazo para deslizar la perilla del antiguo velador ubicado en su mesa de luz. Durante unos instantes, sin darse cuenta, alternó entre acariciar la vieja funda de su almohada y estrujar con fuerza la sábana bajo su mano derecha. Cuando Ángel se percató de lo que estaba haciendo, escondió, molesto, ambas manos en su regazo.

Se incorporó con la fragilidad propia de su vejez, tomándose de los bordes de los pocos muebles que lo rodeaban. Ya no era novedoso pensar que el cumplimiento de sus tareas de cada día parecía requerirle cada vez mayor esfuerzo. Sabiendo que sus obligaciones no podían esperar, comenzó a transitar el estrecho pasillo que oficiaba de dormitorio y que comunicaba los dos enormes sectores de la biblioteca. A mitad del corredor, frente a su cama, se hallaba una pequeña alacena de doble puerta, donde cada mañana encontraba todo lo necesario para el día. Con la seguridad propia de la rutina, Ángel abrió ambas puertas y retiró el listado y las bandejas de alimentos que le habían dejado.

Hacía mucho tiempo que había abandonado la pretensión de aprovechar ese único momento diario en que la puerta de la alacena estaba destrabada para investigar el fondo, aparentemente hermético, por donde le debían pasar los suministros. Tampoco perdía tiempo revisando el contenido de las raciones, pues nunca habían variado. Tomó alimentos de ambas bandejas y masticó con desgano, luego las amontonó sobre otras idénticas que formaban una pequeña torre en el piso. Con dosis equivalentes de desidia y curiosidad, revisó el profuso listado y se convenció de que sería un día con mucho trabajo. Verificó que el título de la lista consignara “Biblioteca - Sucursal Buenos Aires”, alimentando la mínima esperanza de que se tratara de un error; aunque eso nunca había sucedido. Tuvo, por un momento, la preocupante sensación de que día a día la nómina que recibía era más extensa. Resignado, y antes de obligarse a comenzar, Ángel se tomó unos segundos para algo que siempre le aseguraba una sonrisa interior. Extrajo uno de los cuchillos plásticos que acompañaban las viandas y, con sumo

cuidado, retocó el filoso perfil del bello rostro felino que había estado tallando, desde tiempo inmemorable, en una madera que alguna vez había sido parte de la cabecera de su cama. Luego de contemplarlo con admiración unos instantes, lo apoyó, con sus manos temblorosas, en el suelo del pasillo, en la única ubicación que le permitía observarlo desde la cama.

Con el listado en sus manos, tomó el viejo carro de carga y avanzó a paso lento por el pasillo hacia el extremo en el que una pesada puerta servía de acceso al sector “V” de la biblioteca. Ángel nunca tenía miedo de equivocarse y dirigirse en sentido contrario, hacia el sector “M”, ya que la entrada a ese área sólo se destrababa en cierto momento del día. Cuando se aproximaba a la puerta tuvo la precaución, como siempre, de preparar sus ojos para la intensa luz que dominaba toda la sala, que contrastaba con la modesta iluminación de su velador, que apenas alcanzaba para permitirle transitar el angosto camino.

Una vez en el interior del inmenso sector “V” observó, como cada día, las gigantes estructuras de estantes que abarcaban todo el ancho del salón y que se repetían en sucesivas hileras infinitas hasta más allá de lo que sus ojos podían apreciar. Todos los estantes se encontraban divididos en cuadrículas de idéntico tamaño, que albergaban cada una un libro en su interior, cuyo contenido era un eterno misterio para Ángel, colocado en posición vertical y protegido tras un grueso vidrio transparente. Cada libro tenía en su lomo una identificación: un extenso código numérico y dos iniciales. Todos ellos poseían la misma altura, pero diferían en características de su aspecto: el color de la tapa y la cantidad de páginas. Había podido establecer que la mayoría de las cubiertas tenían tonalidades castañas que llegaban hasta el negro azabache; en el resto de los casos eran ajadas tapas blancas o grisáceas, con algunas esporádicas cubiertas rojizas. La cantidad de páginas era un atributo particular de cada libro y, diariamente, se podía llegar a topar con ejemplares de casi cien páginas hasta algunos casos que parecían ser sólo cubiertas, sin ninguna hoja en su interior.

Ángel se acercó con lentitud, empujando el armatoste desvencijado que lo auxiliaba en sus tareas, y comenzó su rutina buscando su primer objetivo en el listado. Comprobó que el primer libro que debía retirar del sector era el código 1.18.01.21.12.-.19.01.14.26, que contaba con setenta y dos páginas. Lo hallaría en el estante 18 de la hilera 53, señalado con las iniciales “R. S.”. Recorrió el trayecto empujando a paso lento el viejo carro, que parecía tener, otra vez, una de sus ruedas desajustada. Agradecía el orden en que le enviaban el listado, que

estaba clasificado en orden ascendente por hilera y estante; eso le que le facilitaba su trabajo. Cuando llegó a la ubicación se sentó en la silla elevadora que, mediante un diestro el uso de la palanca de mandos, lo colocó en pocos segundos frente al cristal que resguardaba el libro que le habían indicado. Por un instante se quedó observando el reflejo de su rostro avejentado en el vidrio protector, que parecía fusionar su polvorienta barba canosa con la grisácea cubierta del libro.

Cuando reaccionó, apartó la vista de su imagen y extrajo del bolsillo una calculadora de apariencia sencilla. Digitó con cuidado la clave para ese libro. Cuando presionó el botón del signo "igual", el cristal se deslizó con suavidad hacia arriba, permitiendo que sus arrugadas manos tomaran el libro. Lo miró por un momento para verificar las iniciales, pero no le dedicó demasiada atención ya que, como todos los demás, se encontraba herméticamente cerrado. Hizo bajar la silla con precisos movimientos de la palanca. Colocó el libro en el interior del carro y tildó el primer renglón del listado.

Mecánicamente, realizó el mismo procedimiento para cada uno de los ítems del listado. A medida que pasaban las horas, se hacía más trabajosa la tarea de empujar el carro, cada vez más lleno de volúmenes. Después de tantas jornadas idénticas e ininterrumpidas, ya no había libro que le llamara la atención. Lo único que había persistido al paso del tiempo era una llamativa sensación amarga que surgía dentro de él cuando el ejemplar a retirar tenía muy pocas páginas. Aunque ésos no eran los casos más comunes, se había alarmado al ver que, últimamente, la frecuencia se había incrementado. También, en alguna época, se había dedicado a imaginar si había alguna relación entre las iniciales del libro y el código que se le había asignado, pero pronto había desistido porque se había percatado de que esas especulaciones lo distraían de sus obligaciones.

Cuando hubo cumplido con el retiro del último de los libros, tildando el renglón final del listado, se acercó, con su carro rebosante, a la enorme puerta por la que había ingresado al sector. Sabía, de memoria, que en el exacto momento en que comenzara a abrirse la salida para permitirle volver al pasillo, brotarían desde el techo de la sala que abandonaba numerosos tubos cilíndricos que, en cada hilera, se encargarían de ingresar los nuevos libros, recién llegados, a los estantes. Mientras escuchaba las pesadas cerraduras que clausuraban el área hasta el día siguiente, se liberaba el acceso al sector "M". Pero solamente por unos pocos minutos, los suficientes para que Angel transitara el pasillo con el pesado carro.

Con ambas manos y el supremo esfuerzo de todo su cuerpo

detrás, empujó su carga, que tambaleaba cada vez que la rueda floja del carro, en sintonía con Ángel, parecía querer abandonar su agotadora misión. Así fue avanzando a través del estrecho corredor rumbo al sector “M” y, cuando se encontraba pasando entre la alacena y su cama, notó que el carro parecía trabarse. Como sabía que no contaba con tiempo extra para llegar hasta la puerta, anotó mentalmente que esa noche debería reparar el problema en la rueda. Decidido a seguir con sus obligaciones, tomó envión y empujó con todas sus fuerzas el carro que, con un chirrido seco, se trabó y volcó estrepitosamente parte de su carga.

Ángel quedó petrificado al observar, por primera vez, los libros desparramados por el piso. Presuroso, se agachó para comenzar a levantarlos, ignorando el dolor de sus quebradizos huesos. Cuando estuvo cerca del suelo notó que el cuchillo plástico, que había usado temprano, era el culpable del accidente que acababa de sufrir la rueda del carro. Furioso por su torpeza, fue devolviendo, uno a uno, cada libro caído a su lugar original en el interior del pesado armatoste. Fue en ese instante, después de acomodarlos cuidadosamente, que comprobó que un hueco que quedaba lo estaba alertando sobre la ausencia de uno de los libros a trasladar. Rápidamente, Angel giró sobre sí mismo, mirando en todas las direcciones posibles mientras trataba de ubicar el ejemplar faltante. Cuando lo hizo, no pudo menos que reprimir un grito. El libro se encontraba a los pies de su felina madera tallada. Estaba abierto de par en par…

Su primer instinto fue abalanzarse y levantarlo sin intentar visualizar su contenido. Pero sus ojos, desobedientes, llegaron a leer “*Miriam Fuentes paseaba por el parque…*“, antes de apartar su vista y lograr cerrarlo. Trató de olvidar lo que acababa de leer, pero, íntimamente, Angel sabía que era inútil, ya nunca podría borrar esa frase de su memoria. Cuando quiso verificar que el libro había quedado tan absolutamente inexpugnable como todos los demás, comprobó, con sorpresa, que se volvía a abrir sin ninguna dificultad. Confundido, trató de buscar una explicación, recorriendo con sus dedos temblorosos el contorno de la clara cubierta dorada. Pronto, su tacto descubrió en esa superficie, entre las iniciales “M. F.”, una precisa muesca triangular que había rasgado su color original. Su mente tardó apenas segundos en notar que esa tonalidad, ausente en la tapa del libro, se encontraba marcada en el borde filoso del rostro felino tallado. Mientras trataba de ordenar tantos sucesos nuevos que

sacudían la absoluta monotonía que, desde remota época, reinaba en su existencia, recordó que la puerta del sector “M” solo permanecería abierta unos pocos minutos más. Inmediatamente colocó el libro dorado, que parecía no hospedar muchas páginas, dentro del carro y avanzó, con esfuerzo, hasta alcanzar el picaporte de acceso.

Sin dejar de mirar, ni siquiera un instante, hacia el ejemplar descubierto, empujó la pesada puerta que permitía el ingreso al área donde debía finalizar su diaria tarea. Se encontraba tan pendiente del raro volumen que su vista no se percató de la brusca disminución de la luz que irradiaban las escasas velas que, como única fuente de iluminación, ambientaban al gélido sector “M”. El ruido de las cerraduras que resonó a su espalda, despertó a Angel de su encantamiento, al señalarle que la cinta transportadora había comenzado a funcionar.

Mientras, en su mente, un cóctel creciente de intriga y curiosidad sobre Miriam y su historia luchaba contra sus obligaciones, tomó el primero de los herméticos libros y lo colocó, con la tapa hacia arriba, en el primer casillero metálico, ubicado al inicio de la larga banda transportadora. Por momentos, su sentido de la responsabilidad parecía sobreponerse a la tentación de devorar el contenido del libro abierto, que se le ofrecía como un manjar al alcance de sus manos hambrientas de saber. Entre tanto, sus nerviosos dedos, transpirados pese al frío del recinto, iban colocando, uno a uno, cada libro en la mecánica cinta que, lentamente, y luego de recubrirlos con cristales, los transportaría hacia la pequeña cavidad en el muro lateral, por donde escaparían de la vista de Angel. Miles de veces se había preguntado qué existía más allá de ese hueco de tamaño justo que únicamente se abría para engullir, volumen por volumen, la carga diaria completa del endeble carro. Pero había transcurrido mucho tiempo desde que Angel había aprendido a convivir con la más absoluta ignorancia respecto a ése y otros misterios que, hasta ese día, se habían presentado como un mecanismo perversamente inexpugnable.

Pese a que había intentado, infructuosamente, ordenar a sus manos que fueran un rápido antídoto para el desconocido veneno de la duda, que parecía propagarse impetuoso por sus venas, postergó, hasta el final, el hecho de deshacerse del dorado libro de Miriam. No trató de fingir sorpresa cuando observó que ése era el único que quedaba en el carro. En el justo momento en que lo tomó entre sus dedos inseguros, una feroz tormenta de recuerdos inundó su mente, reflotándole la infinidad de veces que, en tiempos lejanos, había fracasado en sus primitivos intentos de explorar el interior de algún ejemplar. Pero, por primera vez, tenía la oportunidad, quizá

irrepetible, de dilucidar el secreto, al menos de uno de los libros, el que decía que "*Miriam Fuentes paseaba por el parque…*", y eso se le vislumbraba terroríficamente encantador.

La cinta ya había transportado, más allá, a casi todos los libros. Angel no ignoraba que era suficiente con que un casillero vacío arribara al hueco en la pared, para que la cinta detuviera su marcha hasta la siguiente jornada. En apenas unos segundos, debía inclinar la balanza de su decisión…

Cerró los ojos con fuerza, tratando de acallar el eco interior que susurraba el nombre "Miriam", una y otra vez. Sacudiendo su cabeza hacia ambos lados, estiró sus brazos, vacilantes, para apoyar el dorado libro en el casillero metálico disponible, pero, como presas de un extraño magnetismo, sus manos se negaron a soltarlo, presionándolo intensamente contra su pecho, mientras Angel clavaba su vista en la ya inmóvil cinta. En ese momento comprendió que su frágil espalda debería soportar la carga de la incertidumbre por las consecuencias de su incumplimiento. Ya era demasiado tarde para cuestionarse. Tan sólo deseaba abandonar el frío sector "M" para poder recorrer, palabra por palabra, todo lo relacionado con "Miriam Fuentes".

Cuando llegó al pasillo, Angel respiró aliviado, procurando calmar su llamativa agitación. Dejó el viejo carro en el lugar típico, simulando la más absoluta normalidad y cumplió con el ritual de entregar el listado tildado y algunas de las bandejas de raciones en la alacena destrabada, momentáneamente, al efecto. Luego, con sigilo, se introdujo junto al libro en el refugio de su cama. Lo primero que observó fueron las celestes iniciales "M. F" grabadas en la tapa, que por fin tuvieron sentido para Angel. Todavía no se había animado a traspasar la frontera de la cubierta del libro y ese pequeño secreto develado ya le generaba un presentimiento de que, después de leerlo, nada sería igual para él. Con delicadeza y lentitud, abrió la dorada tapa del libro, para encontrar que la primera hoja comenzaba indicando: "*Miriam Fuentes - Código 2.13.09.18.09.01.13-06.21.05.14.20.05.19 - Año 1 - Nació el 23 de octubre de 1986 en Buenos Aires. Cabellera rubia dorada. Ojos celestes. Hija de Rolo Fuentes (Código 1.18.15.12.15-06.21.05.14.20.05.19 y Lara Villar (Código 2.12.01.18.01-22.09.12.12.01.18). Destacado: Gatea a los siete meses*".

Asombrado, fue recorriendo, página a página, toda la infancia de Miriam; sus primeras palabras, las melodías preferidas del jardín de infantes, sus comidas favoritas, su habilidad para la gimnasia artística, su crecimiento y la pérdida de su padre. Pese al cansancio que, producto de la enorme tensión sufrida en ese día

atípico, sumaba toneladas sobre sus arrugados párpados, Angel luchaba contra el sueño para poder continuar leyendo. Al llegar a la página catorce no pudo reprimir una sonrisa. Acercó el libro al velador para no perderse ningún detalle, ni siquiera una coma que alterase el sentido de lo que leía. Con tierna devoción observó el texto que, en refinadas letras carmesí, rezaba: "*Miriam Fuentes - Año 14 - Destacado: Primer beso en agosto - Lugar: Esquina del Colegio Sagrado Corazón….* ". Entre bostezos, fue arribando a lo que parecían ser las últimas páginas…

Antes de aventurarse a conocer el contenido de la decimoséptima página, una puntada de angustia en su corazón interrumpió sus especulaciones que, con lo leído hasta ese momento, arrojaban luz sobre pequeños misterios tales como el sentido del color de la cubierta de los libros, el significado de las iniciales y el por qué de su tonalidad. Tanta información nueva, toda junta y de golpe, le producía fuertes mareos que lo obligaban a cerrar temporalmente sus ojos. Procurando respirar en forma profunda, buscando la calma perdida, Angel encaró el primer párrafo de esa hoja, que comenzaba señalando: "*Miriam Fuentes - Año 17 - Destacado: Segundo puesto en Gimnasia Artística Intercolegial en abril - Madre enferma en junio - Enseña clases particulares de historia en setiembre - Miriam Fuentes paseaba por el parque…*". Ahí detuvo su lectura y amagó con cerrar el libro, sacudido por la incómoda familiaridad de la frase.

Luego de unos breves segundos en los que creyó reunir el coraje necesario para continuar, retomó la lectura: "*Miriam Fuentes paseaba por el parque, el 15 de noviembre de 2003. Intentaba trepar hasta la copa de un alto árbol para destrabar el barrilete del pequeño Luis Tulli (Código 1.12.21.09.19-20.21.12.12.09). La caída fue de un par de metros. Fuerte golpe en la cabeza*". Angel llevó una mano hasta su boca, horrorizado, mientras las lágrimas que comenzaban a nublar su visión, no le impidieron leer las últimas líneas de la página: "*Coma profundo en noviembre - Sin indicios de recuperación en diciembre*". Desesperado, dio vuelta la hoja para comprobar, entre sollozos, que esa era la última y que se encontraba absolutamente en blanco…

Un relámpago de conocimiento encandiló su mente, enseñándole el verdadero significado de sus tareas. Con tristeza, reconoció que, día a día, se ocupaba de trasladar cada libro, cada vida, hacia el sector donde le escribían su hoja final. Era horrible, pero sabía que era verdad. Todo tenía sentido: era un bibliotecario de almas. Mientras trataba de negar con su cabeza su absoluta certeza interior, un bombardeo de sentimientos encontrados se

proyectaba sobre su corazón. Por un lado se reprochaba haber desobedecido su responsabilidad, pero también pensaba que, gracias a su actitud, se encontraba ante la oportunidad de intentar evitar el final de Miriam. Estaba convencido de que no serían sus manos, las mismas que estaban secando sus lágrimas, las que la transportasen hacia el ocaso de su historia.

Con el libro dorado oculto bajo el fiel refugio de su almohada, el cansancio terminó por apropiarse de Angel, quien sucumbió a un sueño profundo. Acurrucó su frágil cuerpo, dormido, bajo las mantas que lo protegían del súbito descenso en la temperatura habitual del pasillo. Pronto sintió, en su letargo, una tenue presión que hundía el colchón a los pies de su cama, sobresaltándolo. Trató de abrir los ojos, pero se encontraba en la más completa oscuridad. Extrañado, se esforzaba en recordar si había llegado a apagar el velador antes de dormirse. Sin embargo, no tuvo mucho tiempo para especular. Cuando estiró su brazo para activar la perilla e iluminar el corredor, sintió una voz, cavernosa, que desde escasa distancia le decía con firmeza:

—Angel, no has cumplido tus obligaciones…

—Imposible… —gritó Angel, entre sollozos de terror—. Yo siempre… cumplí mi trabajo.

Una pausa incómoda, en la que sólo se podía apreciar una pesada respiración, fue aprovechada por Angel para intentar, en vano, encender el velador. No funcionaba.

—No siempre, Angel, no siempre —expresó la voz con cierta agresividad latente.

—Pero… —atinó a exclamar Angel mientras cubría con la manta su cuerpo, que no dejaba de tiritar.

—¡Pero nada! —lo interrumpió la voz con violencia—. Los números marcan que hay un libro que no ha sido “finalizado” y me imagino —dijo tratando de simular calma— que habrá sido un simple error, ¿verdad?

Por un momento, Angel percibió cómo un fétido aliento chocaba contra su rostro. Asqueado, rozó con disimulo su codo contra el libro, empujándolo más adentro de su almohada.

—Eh… yo —balbuceó Angel, confundido.

Un chasquido de dedos lo distrajo. Inmediatamente la alacena abrió sus puertas, descubriendo que el clásico hermético fondo de madera que, día a día, Angel había observado, se había transformado en una ventana que mostraba un paisaje de horror. Tras el cristal, la escena mostraba un perfecto cuadro que resumía la

totalidad de los miedos más profundos e íntimos que Angel había padecido en sus más oscuras pesadillas y que, en ese momento, contemplaba petrificado, sintiendo como el fuego del espanto trepidaba ardiente por su sangre.

—¿Qué opinás, Angel? —preguntó irónicamente la voz—. ¿Te gustaría una eterna excursión por esas hermosas tierras, tan bien acompañado?

Una estruendosa carcajada repugnante le provocó un veloz ascenso de repetidas náuseas, que tuvo que reprimir con ambas manos.

—Confío, Angel, en que al finalizar la próxima jornada mis números estarán nuevamente en orden…

Cuando iba a intentar responderle, un súbito viento helado hundió a Angel bajo las mantas, ahogando, entre violentos jadeos, su agitada respiración. Arrojando manotazos desesperados para liberarse de lo que lo asfixiaba, alcanzó a tantear la perilla del velador, que se encendió inmediatamente. Miró hacia todos lados, preparado para lo peor y descubrió, con asombro, que se encontraba en soledad. Hasta la alacena se encontraba cerrada como siempre y todo parecía estar en su lugar habitual. Temeroso se acercó hasta las pequeñas puertas, desconfiado de tener el valor suficiente como para abrirlas, después de lo que había visto en su interior. Tímidamente, aproximó su cabeza a la alacena, apretando su oreja contra las puertas y esforzándose por adivinar lo que podían llegar a albergar.

Aferrado a la ilusión de confirmar que todo seguía su rutina diaria, abrió la alacena, destrabada como todas las mañanas, para contemplar, aliviado, el mismo hermético fondo de madera de siempre y el listado de tareas que retiró junto con su ración de alimentos. Despojado del peso del terror que azotaba sus hombros, Angel se puso a hojear el listado que cumplía con sus características habituales, con excepción de su última hoja, que consignaba en letras subrayadas: “*Diferencia jornada anterior: 1 (un) libro faltante en el sector ‘M’ - Corregir HOY”*. Esa simple sucesión de letras impresas lo arrojó, virtualmente, al borde de un resbaladizo precipicio donde intentaba evitar, como un equilibrista principiante, la nefasta caída hacia al abismo del miedo extorsionador, capaz de convencerlo de entregar el libro.

Procurando recuperar el control de su mente, antes de enloquecer sin retorno, cerró la alacena y se abalanzó hacia la cama, empujando la almohada, que descubrió la dorada cubierta del libro de “Miriam Fuentes”. Acarició sus hojas con ternura, pero

también con culpa, en forma de punzadas en su nuca, por sentir que no era capaz de reunir el valor suficiente para defenderlo. Pero su asombro fue mayúsculo cuando llegó a la ultima página, antes en blanco, que ahora indicaba: "*Miriam Fuentes - Año 18 - Destacado: Continúa internada en enero - Pese a los pronósticos contrarios aún sobrevive".* Luego de leer eso sintió que un nuevo impulso vigoroso lo invadía, aniquilando cualquier atisbo de flaqueza. Cuando escuchó que las cerraduras automáticas destrababan el acceso al sector "V", como al inicio de cada jornada, guardó, celosamente, el libro en el carro y tomó el listado para poder ingresar al área donde debía comenzar sus tareas.

Una vez asegurado su ingreso al sector "V", tomó el listado con las instrucciones del día y observó, frunciendo su ceño con marcada atención, cada uno de los códigos impresos junto a las iniciales. Aunque había abandonado mucho tiempo atrás la idea de buscarles algún tipo de relación, nunca antes había tenido tantas partes del rompecabezas a su disposición. Sin dejar de estudiar el listado, abrió el dorado libro de "Miriam Fuentes" en su primera hoja, y concentró sus especulaciones en el primer párrafo: "*Miriam Fuentes - Código 2.13.09.18.09.01.13-06.21.05.14.20.05.19 - Año 1 - Nació el 23 de octubre de 1986 en Buenos Aires. Cabellera rubia dorada. Ojos celestes. Hija de Rolo Fuentes (Código 1.18.15.12.15-06.21.05.14.20.05.19 y Lara Villar (Código 2.12.01.18.01-22.09.12.12.01.18)…"*

Lo primero que sobresalió ante su vista, como si estuvieran grabados en relieve, fue que el primer número de cada código listado solamente parecía aceptar los números 1 ó 2. Si bien era algo que antiguamente había detectado, gracias al contenido del libro abierto, por primera vez podía deducir que las mujeres, como Miriam y su madre Lara, comenzaban con el número 2, dejando el número 1 para el caso de los hombres.

Satisfecho por su pequeño avance, Angel tomó la lapicera que solía utilizar para tildar sus tareas, y comenzó a anotar en la palma de su mano izquierda, el nombre de la protagonista del libro pero deletreado, con la idea de colocar debajo de cada una de las letras los códigos señalados en el párrafo del libro. Bajo la "M" escribió el número 13, con la "I" colocó el código 09 y debajo de la "R" los dígitos 1 y 8. Se detuvo para analizarlo, con temor a estar perdiendo el valioso tiempo en un juego inútil que solamente lograría confundirlo aún más. Cerró los ojos y respiró profundo antes de continuar. A medida que iba trazando en su palma la letra "I", sus ojos parecían escaparse de sus cuencas como señal reveladora de lo que estaba descubriendo. Al contemplar que el mismo código 09

correspondía a la misma letra "I", caso que se repetía con ambas "M" de "Miriam" hermanadas con el número 13, Angel comprendió que un nuevo universo de información se desnudaba ante él.

Con el ansioso deseo de validar su teoría, apuró su dificultoso andar hasta hundirse entre las hileras más cercanas, para interpretar después de unos instantes de análisis que, según sus cálculos, allí se encontraba el libro de una tal "*Silvia Paz*" y a su izquierda el de "*Iris Vargas*". Extasiado, mientras giraba sobre sí mismo con sus brazos abiertos, pronto se sintió rodeado de miles y miles de nombres que desde los, hasta el día anterior, anónimos libros, le imploraban suplicantes:

—¡Angel, por favor, tengo esposa y tres hijos, no me retires! —exclamaba acongojado un libro bajo el descifrado nombre de "*Omar*"

—¡Pero Angelito, si todavía tengo mucho por hacer, viejo! —comentaba socarrón un tal "*Eduardo*".

Aturdido, Angel empezó a alejarse de los estantes que estaban por reventar sus tímpanos. Mientras retrocedía, conmocionado, seguía percibiendo:

—Disculpe, señor Angel, yo quería saber si me voy a lograr casar con Marcelo, porque si usted sabe que no es así, lléveme nomás —expresaba una voz entre ansiosa y resignada que surgía del libro *"C. B."*.

Con sus manos tratando de taparse los oídos, Angel derramó una lágrima que recorrió los surcos de su mejilla, mientras sus gritos comenzaban a retumbar en la enorme sala vacía del sector "V":

—¡Yo no voy a retirar a nadie más! ¡A nadie más! ¡A nadie más!

Trastabillando, mientras corría hacia el picaporte de la puerta, alcanzó el pasillo y se dirigió, decidido, hacia el bello rostro felino tallado en madera. Orientó su extremo más filoso hacia arriba y, con una sonrisa brotando de sus labios, se dejó caer…

Se encontraba al borde de la cama, como tantas otras mañanas. Su cuerpo, ágil y agraciado, se escurrió de entre las sábanas. Estiró su brazo para deslizar la perilla que activaba el antiguo velador ubicado en su mesa de luz. Se incorporó con una atlética pirueta con la mejor predisposición para cumplir con sus tareas. Sabía que sus obligaciones no podían esperar y comenzó a transitar el estrecho pasillo. A mitad del corredor, la pequeña alacena le brindó todo lo

necesario para su jornada. Con sorpresa, Miriam notó que el menú de alimentos no había variado.

FRANCO ARCADIA

Franco nació en Buenos Aires, Argentina, una brumosa noche de Mayo del '73. Desde su infancia se mostró atrapado por la música y la literatura, de los cuales nunca más logró librarse. Admirador de la delicada ficción de Bradbury tanto como del estilo marginal de Gorodischer, actualmente recorre laberintos donde persigue a la inspiración, con suerte dispar, para invitarla a sus cuentos. Publicamos su cuento "Recuerdos Puntuales" en el número 126 Axxón.

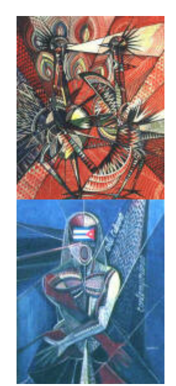
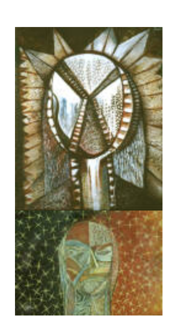
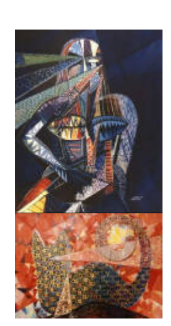
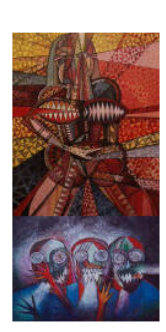
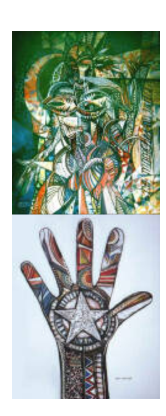
Axxón 128 - julio de 2003
Ilustró: Valeria Uccelli

Galería

Jorge Llamos

GALERÍA DE ARTE: Jorge Llamos

Jorge Llamos González nació en Ciudad de La Habana, Cuba, en 1966. Es Diseñador Industrial, recibido en el Instituto para el diseño Industrial (I.P.D.I). Realizó cursos de Estética y de Diseño básico en la Universidad de La Habana. También Diseño Informacional en el Instituto para el diseño Industrial (I.P.D.I). Ha trabajado como Dibujante Artístico, Realizador Publicitario y Diseñador Gráfico en PUBLICIGRAF. Luego como diseñador de páginas Web en el Ministerio de Cultura de Cuba. Fue invitado en 1999 a Francia por la Asociación Francia-Cuba. En la actualidad vive en Tavernes de la Valldigna, Valencia, España. Ha realizado cantidad de exposiciones y ha recibido diversos premios.

 Escribir al autor

Anacrónicas

Otis

¡Abrumado estoy por vuestra inaudita generosidad, mis nobilísimos lectores! Pues ésta es apenas la segunda ocasión en que este producto del genio que he llamado *AnaCrónicas* ve la luz de los catódicos rayos, los fluidos cristalinos y los plasmas iridiscentes; no ha transcurrido más que la fugaz treintena que separa dos sínodos lunares consecutivos desde que mi pluma portentosa hallara propicio santuario en las incorpóreas páginas de **Axxón**, mas en ese breve lapso ¿cuántas visitas de los raudos hermes informáticos que vuelan con alas de electrones en sus sandalias virtuales ha visto mi digital estafeta? Comienzo la cuenta y las salobres lágrimas nublan mis córneas: mil, dos mil, tres mil… cinco mil… Sí, aunque tales guarismos parezcan inverosímiles a vuestra encallecida imaginación: ¡siete mil bytes de correspondencia! Verdad es empero, admítolo no sin cierto embarazo, que cerca de la mitad de tal inconcebible cifra corresponde a ofertas de falsos documentos habilitantes para el gobierno de vehículos automotores, apócrifos certificados de altos estudios y otras proposiciones comerciales non del todo sanctas. Mas, ¿he yo de permitir que tal baladí adversidad empañe, cual vapor sobre bruñida superficie especular, la dicha que estremece mi augusta humanidad? ¡Jamás!, respondo trémulo de pavor, erguido bravo. Pues el caudal de correo que he recibido de vuestra gentil mano sigue siendo arrollador, aun si hemos de descontar a aquéllos que han creído erróneamente

reconocer en mi intachable persona la triste figura de un antiguo deudor. ¡Vade retro, infideles! No tenéis vosotros ningún asunto pendiente en este sacro recinto, y si tercamente persistís en vuestro error, mis devotos lectores darán buena cuenta de vuestra infame catadura.

Aclarado ya este punto, mis atentos huéspedes a través de las actualmente inexistentes distancias, invítoos ahora a compartir un escueto introito a lo que disfrutaréis en esta entrega de *AnaCrónicas*. Conforme vayáis familiarizándoos con las sutiles complejidades de mi personalidad, que no por transparente cesa de ser sofisticada y cautivante, tal vez comprendáis que resulta imposible a mi genio brindaros nada que esté por debajo de vuestro merecimiento; de modo que advertidos quedáis, tunantes, que si amanece el aciago día en que no halléis aquí más que divagaciones inconexas y chascarrillos varias veces centenarios, vuestra será la totalidad de la culpa. Mas ¡no desfallezcáis! que en esta ocasión os tengo reservado un menú digno de los más ensoberbecidos integrantes de la decadente aristocracia enemiga del proletariado, el cual os impelerá a sorber incivilmente vuestras falanges. Vuestras mesas vestidas de gala serán agraciadas en primer término con un soberbio opúsculo de divulgación acerca de las poco saludables cualidades que la popular sabiduría atribuye a cierta mezcla alimenticia. Como plato fuerte, os deleitaréis con el artículo bautismal de “Allende lo razonable”, una serie de investigaciones con las que vuestro seguro servidor os concederá la merced de procuraros una mayor compenetración de los fenómenos que se yerguen con toda sobrenaturalidad más allá del

alcance de nuestro sensorial quinteto. Y finalmente, arrastrando la alegoría gastronómica hasta el extremo de lo admisible, disfrutaréis como postre del episodio nono de *El Gaucho de los Anillos*, esa magistral saga de épicas proporciones por cuyo descubrimiento mi nombre habrá de inscribirse con tipos áureos en los anales de nuestra especie. ¡Ah, bellacos, disfrutaréis los manjares que os ofrezco si no tenéis las vísceras tapizadas de gasa hidrófila y un trozo de feldespato por seso!

Sobre los efectos nocivos de la mezcla de sandía y vino

Otis

A lo largo de los años, es mucho lo que se ha dicho acerca de la supuesta letalidad de la ingesta del fruto de la *Citrullus Vulgaris* acompañado del zumo fermentado de las bayas de diversas variedades de vitáceas. El profesor Elvis Aaron Brodzinski, de la Kolynos University, ha llevado adelante varios ensayos clínicos orientados a calibrar la veracidad y validez científica de este aserto folclórico.

Para los experimentos se utilizaron especímenes de *Alouatta Caraya*, comúnmente denominados monos carayá o monos aulladores; especie que fue elegida por su similitud fisiológica con el ser humano (especialmente con el profesor Brodzinski).

Experimento 1: Un grupo de diez monos carayá, con un peso que variaba entre 2 y 7 kg, fue alimentado por medios coercitivos con sandías de un peso medio de 3,450 kg regadas con abundante vino. Al final del día, todos los monos mostraban signos visible de haber muerto, luego de haber ingerido cada uno un promedio de 3,8 sandías y 12.700 cm^3 de vino. Los monos del grupo de control, que fueron alimentado normalmente, mostraban un perfecto estado de salud.

Experimento 2: Para contrarrestar cualquier posible vicio estadístico del experimento descrito anteriormente, se diseñó otro en el cual se eliminaba el factor coercitivo en la alimentación de los animales. En este segundo ensayo no se proveyó a los monos ningún otro alimento que los que eran sujeto del estudio, pero se permitió que dosificaran la ingesta según sus propios requerimientos. El grupo de control recibió en el mismo período la dieta habitual de frutas. Al cabo de pocos meses, de los diez individuos del grupo de estudio no quedaba uno; mientras que los del grupo de control presentaban todos un aspecto rozagante.

Un metaanálisis de los dos ensayos considerados conjuntamente arrojó más datos reveladores: mientras que la necropsia efectuada a los individuos del experimento 1 indicó en todos los casos una severa indigestión, en los del experimento 2 el cuadro general era de una pronunciada desnutrición y principio de cirrosis hepática. Se desprende de esto que las condiciones médicas de los individuos de uno y otro grupo eran por completo diferentes, siendo el único factor común el régimen alimenticio de sandía con vino, lo cual impifica un significativo espaldarazo a favor de la hipótesis de trabajo.

Los experimentos fueron repetidos utilizando especies diferentes: titís dorados, chimpancés pigmeos, perros salchichas, tatús carretas, gallinas batarazas, etc.; obteniéndose en cada caso los

mismos resultados. Un corolario lateral que puede ser de interés para *gourmets* y *bon vivants* es que la mayoría de los animales mostró escasas aptitudes de *conoisseur*, muriéndose lo mismo ante una botella sensualmente torneada y texturada de *Le Totin Finóli* que con un sachet de *Château Querosène*. La única excepción la constituyó una *Cacatua Galerita* llamada Nancy, que se quejó al *maître* por servirle vino blanco para acompañar una fruta de carne roja. (Es necesario señalar que el psitácido copetudo se hallaba en un avanzado estado de ebriedad; lo cual por otra parte resulta extraño, puesto que sólo se le suministraron placebos.)

Finalmente, si algo faltaba para demostrar más allá de toda duda razonable la peligrosidad de la combinación carpoetílica en cuestión, esto quedó definitivamente zanjado por las pesadas sandías maduras y botellas de 750 cm^3 arrojadas balísticamente en dirección al profesor Brodzinski y sus asistentes por parte de un nutrido e iracundo grupo de defensores de los derechos de los animales.

Título original: *Why wine & watermelons whack without warning*
Aparecido en el número de febrero de 2003 de *J.O.K.E.R. - Journal Of Knavish Experimental Research (Swimsuit Edition)*
Traducido por el Lic. Carlitos Menditegui

Allende lo razonable: Los Kuervos

Otis

¡Oh, enigmático universo que con tus misterios agitas las ánimas sensibles! “Hay más cosas entre el cielo y la tierra, Horacio, que las que sueña tu filosofía.” (Respondióme Horacio que en algún sitio había oído ya tal cosa, mas ¿qué puede saber él?) Para propinar el puntapié inicial a “Allende lo razonable”, esta infrasección que estará destinada a explorar aquellos acontecimientos cuya explicación o circunstancias se adentran en las arrabaleras sombras de la humana comprensión, me he determinado a investigar los rumores que a mis cócleas auriculares han arribado referentes a la popular agrupación cumbígena *Los Kuervos*. Es para dar adecuado cumplimiento a tal fin e informar a los nobles lectores de una manera acorde a sus méritos como tales, que he concertado una *interviú* con Edgar Alan, caudillo del antedicho grupo paramusical.

—¡Oh, deidad de aterciopelada laringe! La lira de Orfeo enmudecería de envidia al oír las diáfanas y cristalinas notas que de tus labios manan cual agua mineral natural de manantial. Suplícote me digas qué funesta verdad se oculta tras las pertinaces insinuaciones que atribuyen una inspiración ultraterrena a las tuyas rimas, las cuales según el vulgo no tendrían sino el horroroso propósito de transmitir a las imberbes almas de este mundo un mensaje de perdición eterna.

—No es cierto. Todas esas son mentiras inventadas por nuestros competidores. Nosotros sólo le cantamos al amor, a las pasiones enfermizas y a los terrores nocturnos.

—Afírmase no obstante ¡oh prodigio fónico de Occidente! que al reproducir uno de vuestros álbumes en reversa y a setenta y ocho revoluciones por minuto (¡ah, asáltanme memorias de tiempos que bien preferiría echar en las tenebrosas aguas del Leteo!) escúchase claramente la voz de María Callas interpretando una versión remixada de *Rigoletto* en la cual, haciendo uso de un léxico colectivero poco digno de tal sopranesca dama, vaticina un inminente ocaso cósmico e insta a los hombres, sin distinción de sexo, a prosternarse paganamente ante la imagen del "Soberano Hijo del Gran Tocayo". (*Son variadas y contradictorias las interpretaciones que místicos, agoreros e importadores de órganos Yamaha hacen de la críptica mención a este personaje, el cual personificaría toda la maldad que sobrenaturales métodos pueden comprimir en un solo ser semihumano sin que éste reviente. Así es que, mientras algunos de ellos afirman que es una clara referencia al belicoso emperador de las Comarcas de Septentrión, otros proponen la acaso más aterradora noción de que se trataría de Julio Iglesias Jr.*)

—Ésas son más gansadas de nuestros

competidores. También dicen que hubo pibes en Entre Ríos que escucharon un disco nuestro y después se tiraron al paso de la comparsa Marí-Marí. O que en los boliches donde pasan nuestros temas se aparece la cara de *mi amigo Mac* en los espejos de los baños. Eso pasó una sola vez y no hay pruebas de que nuestra música haya tenido algo que ver.

—¿Niegas pues, plácido émulo dominical, que subyazca siquiera un áureo gránulo de veracidad en los rumores que insisten en relacionar a tu querubínico coro con espantosos acontecimientos de una atrocidad tal que no hay humana psique capaz de soportarlos sin quedar reducida a nestum, sentenciando inexorablemente a su propietario a transcurrir todos los días del resto de su desventurada existencia rodeado de muelles paredes, irrazonablemente persuadido de su apócrifa condición de hijo ilegítimo de Aníbal Troilo?

—Sí.

—Y en cambio, ofreces a mi infatigable avidez periodística la noción de que todo forma parte de una conjura urdida en vuestra contra por quienes os disputan el mercado gramofónico. ¿Disculparías la insolencia de quien te interroga, oh consentido de Euterpe, acerca de a quién te refieres concretamente cuando hablas de vuestros competidores?

—¿A quién va a ser? Al conjunto *Hugo Paco y la Máquina del Amor*. Ellos tienen mucho más que esconder que nosotros, que ya es decir bastante; y si no, que expliquen cómo hacen para dar ochenta recitales por fin de semana, o por qué el tecladista tiene un pico córneo.

Os imaginarés, amabilísimos y perspicaces lectores, que en cuanto tales palabras atravesaron mis auditivos nervios en dirección a mi córtex sensorial, se adueñó de mi espíritu el deseo ingobernable de encontrarme a la brevedad con la asociación a la que mi entrevistado hacía blanco de contundentes dardos acusatorios, guiada mi urgencia por el loable propósito de oír el tañido de ambos cencerros antes de exponer ante vosotros, como

corresponde a todo formador de opinión que se precie de tal, todos mis juicios preconcebidos sobre el asunto. Tuvo Edgar Alan para conmigo un gesto de inconmensurable gentileza y hombría de bien, aproximando mi esencia material al punto geográfico en el que habría de verificarse la siguiente etapa de mi investigación; actitud altruista ésta que sólo ser vio opacada por su creencia, surgida quién sabe de qué oscuras profundidades de su erróneo inconsciente, de que mis delicados oídos disfrutarían del regalo de una de las canciones del último compacto disco de *Los Kuervos*, el cual procedió a introducir, ante mi atónita mirada, en el producto de la electrónica instalado a tales efectos en el tablero de su Volkswagen escarabajo de oro:

Era de noche y yo estaba en mi habitación
fumando un libro de perdida tradición.
Estaba triste y lloraba de dolor
con una foto de mi querida Leonor.
Después golpearon a mi puerta,
en un minuto estaba abierta,
vi la noche fría y desierta,
y ahí pasó algo de terrooo-oo-oooor.

Nunca más, nunca más,
el cuervo dijo nunca más.
Nunca más, nunca más,
el cuervo dijo nunca máaa-aa-aaaaas.

¡Oh, monstruosas oscilaciones atmosféricas! ¡Oh, demonios de los espacios acústicos! Si alguien



decidiera poner término a su existencia tras experimentar estos acordes, no diría yo que no comprendo sus razones. Pues diríase que sonidos de tal naturaleza no podrían ser

proferidos sino por inhumanos espíritus sometidos a tormentos demasiado horribles como para que yo, estimadísimos lectores, hiera vuestra vaporosa sensibilidad con una descripción pormenorizada de las escenas que jamás he presenciado, mas los pathos que parpan en mi mente conciben con meridiana y paralela claridad.

Apeéme prontamente (alabados y mil veces benditos sean los semáforos que apiadáronse de mi condición y no opusieron a nuestro paso su habitual resistencia carmesí) a prudente distancia de la morada del representante de *Hugo Paco y la Máquina del Amor*, a quien sus allegados conocen por el apelativo de “el Turco Abdul”. Pues declaró mi chófer que no figuraba en la lista de sus intenciones el aproximarse a un sitio acerca del cual circulan pavorosas charlatanerías, las cuales, jurábame poniendo de garante a su popia progenitora, no habían sido ideadas en ningún concilio secreto celebrado en cámara frigorífica alguna en que *Los Kuervos* vistieran túnicas de poliéster bordadas con motivos inconfesables. Agradecí su muestra de urbanidad con toda la modestia, la humildad y el don de gentes que desde que tengo uso de razón diferéncianme de los vulgares mortales, y acto seguido procedí a sumar cuadras entre el cacofónico motovehículo y mi persona con la mayor celeridad que mis piernas fueron capaces de prestarme, movido por el sano propósito de ausentarme del campo visual de mi otrora entrevistado en previsión de que éste modificara su parecer.

Mas ciertamente no está en mis posibilidades el afirmar que mi premura hubiera mejorado un ápice mi situación; pues pronto halléme a las puertas de la

siguiente fase de mi pesquisa, y eran puertas que, júrooslo por lo que os sea más sagrado, amigos lectores, no estaban construidas de ningún material conocido por el hombre ni pintadas de color alguno que pueda ser hallado en los catálogos de Alba. Pulsó mi índice medroso la cilíndrica protuberancia móvil que cerraba el circuito del eléctrico encargado; y los péndulos no oscilaron más que unas pocas veces antes de que los mismos cobrizos filamentos que habían llevado al interior del edificio el indicio volitivo de mi presencia trajéranme de regreso la respuesta, bajo la forma de una voz desencarnada que vibró en el parlante. “¿Quién es?”, dijo la voz, y eso fue suficiente para estremecer de gozoso júbilo a mi normalmente imperturbable miocardio; pues reconocí en aquellas dos sílabas, en apariencia simples e inanes, la cadencia de los pueblos de Levante.

—¡Oh, joya morena de La Meca! ¡Concede a este vil siervo del cuarto poder el honor de responder a sus intrascendentes aunque públicamente interesantes preguntas, y besaré tus plantas!

—Eeh… sí, un minuto…

Abriéronse de par en par las puertas de incognoscible manufactura, mas lo que apareció tras ellas no se asemejaba a ningún agareno concebible. Lo que lo suplantaba era algo demasiado horrendo para describirlo con palabras; una bestia oscura plantada sobre cuatro patas macizas, que echaba por los ojos metafóricas chispas mientras de sus labios pendían colgajos de saliva literal.

Apoderóse de mi espíritu un indecible pavor que impulsóme a poner nuevamente en marcha la

compleja ingeniería natural de mis aductores, abductores, cuádriceps, gastronemios y demás piezas constituyentes de mi crural musculatura, providencialmente amnésicas de la sobrecarga de láctico ácido que aquejábalas sólo unos instantes atrás. Abonado estaba mi espanto por mi conocimiento previo de tal horrorosa criatura; conocimiento que provenía de cierto libro acaso inexistente que hube de leer a hurtadillas en los sitios excusados de la biblioteca de la UBA, pues su posesión estábame vedada. (Debo decir en mi descargo que la vez primera que tal volumen cayó en mis manos, hallábanse ya pegoteadas sus páginas con aquella secreción inmunda que sólo mentes profanas serían incapaces de distinguir de la jalea de damasco con que untaba mis tostadas.) Allí fue que supe de este engendro de agudos colmillos y morro babeante, surgido milenios ha de la antinatural y blasfema unión de feroces lobos y cazadores errantes. Seguramente pensaréis que fabulo al deciros que tal monstruosidad sepulta huesos en fosas sin nombre que excava en la tierra con sus pútridas uñas; mas es la verdad, júrolo por el velador que me alumbra. De modo que os imaginaréis el terror infinito que arrebujaba mi ya mencionado miocardio al verme perseguido por esa abominación innombrable, oyendo a mis espaldas las roncas y espasmódicas voces que, puedo asegurarlo con abrumadora certeza, no eran prorrumpidas por ninguna garganta humana.

Soy un hombre consciente de sus limitaciones, y aun sabiendo que mis horizontes intelectuales son mucho más amplios que los del común de la humanidad, sé también que éstos son por fuerza

finitos; y existen por ende cosas en este plano de existencia que no espero ser capaz de comprender. Por siempre yacerán más allá de mi alcance, cual tantálicas frutas, las abstrusas cuestiones de la física cuántica, el oscuro significado de los ángulos de las manecillas y los irresolubles enigmas de la división de fracciones; y a esta lista he de agregar la manera en que escapé de mi terrorífico predicamento. Acaso tiénenme reservados los hados un porvenir singular; quizá mi presencia en estas precisas coordenadas espacio-temporales, como sospecháis al igual que yo, es una piedra angular en la historia de nuestra especie. Eso sólo el transcurrir del tiempo lo develará; sin embargo, aun estando a oscuras acerca de la causa final de mi fortuna, estábame permitido conjeturar a discreción en lo relativo a su causa eficiente. Acudió de inmediato a mi magín la hipótesis de que, siendo mi perseguidor un demonio surgido nada menos que de las profundidades insondables del abismo, habíanlo detenido las impuras pasiones de los pecados capitales. Había agotado ya mi encéfalo privilegiado las múltiples posibilidades de la pereza y la gula, las dos alternativas a las que daba mayor crédito, cuando al forzar mi aquilina visión a través de las distancias que había dejado atrás en mi atlética carrera de supervivencia comprobé que el motivo real había sido la lujuria; la cual una vetusta

dama del vecindario, versada indubitablemente en asuntos de teología, intentaba una y otra vez exorcizar con cántaros del líquido elemento. Y así fue cómo, para deleite de las huestes de mis admiradores y mayor gloria de mi persona, logré escapar de ese terror del averno ante el que cualquier otro habría sucumbido inexorablemente, sin tener que lamentar pena mayor que una rasgadura en mis pantalones; los cuales fueron adecuadamente sometidos a la acción purificadora de las llamas de una pira ceremonial, puesto que habían sido contaminados por el hálito mortal de la bestia.

Decid, mis estupefactos lectores, tan pronto como vuestras funciones vitales alborotadas por los vívidos detalles de mi relato os lo permitan: ¿cuántos cronistas están dispuestos a arriesgar su integridad física y su alma inmortal para satisfacer vuestra mórbida avidez? ¿Cuántos de ellos, póngidos aburguesados, abandonan los acogedores escritorios en los que no hacen sino acumular lípida masa en sus traseras partes, para transitar las más oscuras y pestilentes callejuelas del quehacer periodístico? ¡Ah, ingratos, desistid de compararme con esos viles impostores e inclinaos ante quien no repara en riesgos para abriros los ojos a la macabra realidad que os acecha en las sombras! Por supuesto que sois libres de elegir la ruta de la insensatez y desdeñar todas mis sabias advertencias como la obra de alguien que ha pasado demasiadas horas de su vida buscando mensajes subliminales en prendas tejidas al crochet. Mas cuando os veáis con la cordura reducida a escombros en circunstancias en que, como aconteció a una anónima mujer, os encontréis

en vuestra propia cocina con que la gallinácea que estábais horneando ha cobrado nueva vida y os ofrece media docena de marcadores fluorescentes al módico precio de un pesito nada más, no acudáis a mi puerta porque no recibiréis en respuesta más que una lluvia de escarnio que se precipitará sobre vuestras obcecadas testas desde el balcón.

Eyeston

Juan Diego Incardona

Buenos Aires, 9 de Marzo de 1998

Sostengo la misma opinión que mis compañeros: el acceso a la misteriosa ciudad de Eyeston cambia cíclicamente su situación por diferentes lugares de la Capital Federal y el gran Buenos Aires, y si existe será porque los hombres duermen —o escriben, dicen algunos— y porque alguien tuvo la abominable idea de inventar las muñecas rusas y las pilas de Carlomagno. (1)

Pertenezco a la cofradía azul; nuestro punto de reunión ha sido siempre la esquina en donde muere la Avenida de los Corrales, frente al viejo Resero, aunque a veces, si hace mucho frío, nos vamos a la casa del doctor Acosta, que vive a una cuadra.

He decidido escribir todos estos detalles y contaré también todo lo que sabemos sobre Eyeston, lo hago porque tengo serios motivos para temer sobre mi vida y la de mis compañeros, ni siquiera confío en la cofradía verde, y en la roja tampoco. Quizás porque nunca los hemos visto, sólo sabemos que los rojos se encuentran en algún lugar de Almagro, y los verdes, en cambio, son de Avellaneda.

La relación entre las cofradías ha sido desde siempre por carta, y por supuesto que jamás hemos usado el correo, institución más que sospechosa, para nada. A lo largo del tiempo hemos implementado un complejo sistema de comunicación que consiste en esconder las cartas en colectivos, subtes o trenes. En otras épocas las ocultábamos en los libros de alguna biblioteca; este método fue muy usado por nuestros antecesores, pero en los últimos tiempos ha caído en desuso debido a los riesgos de ser descubiertos por algún lector inesperado (aunque ahora, eso no tiene demasiada importancia). La fecha, hora y lugar exactos para recoger las misivas las decide el que escribe, adjuntando los datos necesarios para que el destinatario sepa donde ocultar la respuesta. Así, sucesivamente. Debo aclarar que no sabemos quién es el responsable del comienzo de esta cadena: la carta más antigua que está en nuestro poder tiene como fecha el 18 de agosto de 1872, sin embargo, tenemos conocimiento sobre cartas anteriores en el manuscrito que el Coronel Banegas escribió el 16 de julio de ese mismo año, horas antes de su desaparición. En él cuenta los motivos que lo llevaron a quemar las primeras cartas, sin dar mayores detalles acerca del génesis de los grupos ni del descubrimiento de Eyeston. El

manuscrito será adjuntado a este documento.

Hemos decidido reunir toda la información que poseemos y esconderla. El lugar que acoja a estos papeles no necesita ser nombrado porque el azaroso lector de estas historias —usted— ya lo ha descubierto. Hemos preferido abandonar nuestros planes racionales, toda aquella compleja organización que guiaba a la divulgación de las cosas que sabemos, porque no nos ha dado resultados; ya no escribiremos más cartas a ninguna cofradía porque de todos sospechamos. Pero, como estamos en grave peligro y no queremos que nuestros descubrimientos desaparezcan, hemos decidido buscar ayuda en lo inesperado: el Azar. Sí, con esta carta a la deriva hemos optado claramente por la impredecible Suerte, que se convierte en nuestra última esperanza. Ojalá sea usted la persona que anhelamos. Le pedimos que no nos olvide, ni al tema Eyeston, todo esto es de suma importancia. A continuación sabrá por qué.

Antes de que penetremos en los relativos pasadizos de la verdad, quiero contarle que existe un mito sobre una cuarta cofradía, la cofradía negra, pero nadie los ha visto ni ha recibido carta alguna, así que no podemos creer en su existencia ni suponer paraderos donde hallarlos. También es cierto que no podemos descartarlos.

Yo ingresé en la cofradía azul en el año 1970, invitado por un compañero de la facultad de Arquitectura: Ricardo Nazca. En cuanto a él, no sé quién pudo haberlo invitado, nunca quiso decirlo, y ya no lo sabré: hace tres semanas fue hallado en su casa, ahorcado.

Algunos, los extraños, hablan de suicidio, sin embargo nosotros sabemos que esa es una mentira. En cada uno de los últimos tres meses uno de nuestros compañeros ha sido encontrado muerto; los tres fueron hallados ahorcados, y los tres encontraron la muerte en la misma fecha, el día 16. No sabemos quién será la próxima víctima, pero el temor crece ante la cercanía del tiempo siniestro: falta solamente una semana.

Es probable que usted haya descubierto que las fechas de las muertes coinciden con la que vio desaparecer al Coronel Banegas hace más de un siglo. Según un viejo periódico, un hombre, que no pudo ser identificado, fue encontrado ahorcado en los campos donde hoy se encuentra el barrio de Mataderos. Nosotros suponemos que ese hombre es el mismo Banegas, aunque no podemos estar seguros. Por último, quisiera señalar otra coincidencia, que abre las puertas a un futuro sombrío: faltan cinco “días 16” de acá a julio, mes del aniversario de la que suponemos fue la muerte de Banegas, y cinco somos las personas que aún quedamos en la cofradía azul.

Hemos pensado en escribir todos los “días 17”, comenzando este mes y continuando de esa forma hasta junio; lo hará el que esté vivo. Luego el último sobreviviente escribirá el 15 de julio, un día antes del anunciado y siniestro final de nuestro grupo. Después enterrará estas páginas. No tenemos muchas esperanzas; sabemos fehacientemente que todos nosotros vamos a morir en los días estipulados por el plan macabro de nuestros verdugos, enemigos invisibles.

En cada una de las fechas iremos develándole a usted todo lo que nos pasa y todo lo que sabemos acerca de Eyeston. Por las dudas me despido de usted, quizás sea otro el que continúe con la escritura. Lo sabremos dentro de ocho días.

Facundo Lozano, Arquitecto y miembro activo de la Cofradía Azul.

Buenos Aires, 17 de Marzo de 1998

LAMENTO DECIRLE QUE NUEVAMENTE UNO DE NOSOTROS HA MUERTO: Ayer, en la cochera de su casa, apareció Teresa Persi colgando de una viga, ahorcada con un cinturón. Al igual que Pepe Farías en diciembre, María Hornos, la veterinaria, en enero, y Ricardo Nazca en febrero, otra vez somos presa del desconsuelo y la impotencia. Sólo quedamos cuatro integrantes en la cofradía azul: El doctor Acosta, Hugo Ponzo, el panadero, la estudiante de ciencias económicas Marianela Fabricio y quien escribe, yo, Facundo Lozano.

Usted puede imaginar el miedo que nos envuelve; el tiempo se cierne sobre nosotros como una ruleta rusa. Aún así, debemos seguir adelante, intentando develar el misterio Eyeston antes de que los meses descarguen sus enigmáticos crímenes sobre nosotros. Quizás, si pudiéramos acercar nuestros pasos a la ciudad del sueño, quizás, podríamos detener la nefasta realidad de la vigilia.

Para que usted, persona que nos lee desde el futuro inalcanzable, pueda conocer más acerca de Eyeston y de los pormenores de nuestra situación, hemos decidido grabar la reunión que la cofradía mantuvo hasta hace un rato y transcribirla a continuación; así podrá leer las opiniones de todos nosotros. Yo haré algunos comentarios a modo de narrador, para la mejor comprensión del texto.

Transcripción de la cinta grabada:

Reunión de la Cofradía Azul,

en la casa del doctor Acosta,
a la hora veinte del 17 de marzo de 1998.

Se encuentran presentes los últimos cuatro integrantes del grupo. El doctor Acosta toma la palabra:

—Debemos calmarnos y tratar de pensar; nada podemos hacer ahora con respecto a Teresa.

—No sé si puedo pensar —contesta Marianela Fabricio.

Yo les propongo:

—Hay que organizar las cartas, los periódicos, las fechas, los manuscritos, la memoria, todos los datos que tenemos, tal vez logremos descubrir algo.

El señor Ponzo está de acuerdo conmigo; Acosta comienza a hablar:

—Estamos seguros de que Eyeston existe.

Todos asentimos con la cabeza.

—También sabemos que proviene del sueño de los hombres y que actúa cíclicamente en el mundo real o de vigilia; tal descubrimiento no es un capricho de la imaginación, todo lo contrario, ha sido el fruto de años de investigación seria de nuestra parte y de nuestros antecesores, investigaciones como la del Coronel Banegas hace más de un siglo. Aunque ninguno de los presentes haya rondado en las cercanías de Eyeston, otros sí lo han hecho, y aunque no lograron ingresar, sí pudieron vislumbrar sus puertas.

—No podemos estar seguros de eso, doctor Acosta —le dice Hugo Ponzo.

—Es verdad que las pruebas son insuficientes, pero las cartas que tenemos de las víctimas, que suponemos han escrito horas antes de morir, y que recibimos, en cada uno de los casos, un día después de dichas muertes, así lo dicen, y deberemos confiar en sus afirmaciones porque la escritura es, sin lugar a error, del puño y letra de cada uno de ellos…

Hago acá un alto en la transcripción de la reunión grabada para adjuntar las cuatro cartas, supuestamente escritas por nuestros compañeros, recibidas siempre en el día posterior al asesinato de cada uno de ellos. Los mensajes fueron depositados en el escondite que hemos construido en las cercanías del Resero.

Compañeros de la Cofradía Azul:

Estuve frente a Eyeston pero no logré atravesar sus puertas.

Éstas se encuentran en la [illegible]

[illegible]o Viejo.

[illegible]

Continúo con la transcripción de los diálogos grabados:

El doctor Acosta continúa con su exposición:

—Ninguno de nuestros amigos ha logrado posar sus pies sobre Eyeston, pero nos advierten acerca de “unas puertas”. En vano hemos ido a recorrer esos lugares, jamás encontramos nada. En cuanto a las diferencias sobre el verdadero paradero de las puertas, hemos llegado a la conclusión de que Eyeston se mueve cíclicamente. Obviamente, esto lo deducimos a partir de la repetición del primer y tercer mensaje, que coinciden en situar a la ciudad misteriosa en Guatemala y Thames. Igualmente, aunque sabemos que el movimiento de Eyeston es cíclico, aún no hemos logrado averiguar qué leyes lo rigen, o sea que tampoco podemos predecir el lugar del próximo paradero, y ni pensar en el tiempo exacto del mismo.

—Esas cartas son muy extrañas—plantea Marianela Fabricio—: mientras nuestros compañeros vivían, nada nos dijeron al respecto, en cambio, una vez muertos, aparecen las misivas en el escondite del Resero.

—¿Quién trajo esos mensajes? —Pregunta Ponzo.

El doctor Acosta responde:

—No podemos estar seguros de eso, pero sí podemos estar seguros de que fueron nuestros amigos quienes han escrito las cartas: todos conocemos sus letras.

—Es verdad.

Yo les digo:

—Por favor, compañeros, acérquense, y leamos detalladamente todas las cartas y anotaciones que tenemos. **Fin de la transcripción grabada.**

Después de buscar, sin éxito, respuestas en las cartas de nuestros amigos, y debatir acerca de su veracidad, decidimos separarnos y encontrarnos al mes siguiente, el 17 de abril. El relato de nuestra despedida hubiera compuesto una tragedia digna de las mejores obras de Esquilo o Shakespeare, sin embargo, nuestros saludos quedarán ocultos en la hidalguía del anonimato.

Cada uno llevó consigo una copia de las misivas entregadas por nuestros compañeros para estudiarlas e intentar descubrir alguna pista sobre Eyeston y los asesinos.

Estamos solos en esto, no podemos confiar en la policía ni en ninguna otra institución; para nosotros, todos son sospechosos: A lo

largo del tiempo hemos descubierto cosas extrañas que serán adjuntadas al final de nuestras cartas.

Me despido de usted, quizás para siempre.

Facundo Lozano, Arquitecto y miembro activo de la Cofradía Azul.

Buenos Aires, 17 de Abril de 1998

UNA VEZ MÁS, LA MUERTE EXTIENDE SUS DOMINIOS SOBRE LA COFRADÍA AZUL: El doctor Acosta ha muerto ayer a la mañana, ahorcado.

En esta ocasión nos hemos reunido en la casa de Marianela Fabricio. Transcribiré a continuación la reunión que grabé allí hasta hace menos de una hora, agregando yo, nuevamente, relatos y comentarios de las circunstancias en las que transcurren nuestros diálogos.

Transcripción de la cinta grabada:

Reunión de la Cofradía Azul,
en la casa de Marianela Fabricio,
a la hora veinte y treinta del 17 de abril de 1998.

Se encuentran presentes los últimos tres integrantes del grupo. El silencio recorre los espacios huecos de nuestras bocas, las palabras parecen seres irrecuperables, muertos; todos estamos asustados y tristes. La grabación es un transcurso sin voces, sólo lluvia, hasta que, por fin, yo hablo:

—Tengo en mi poder una carta del doctor Acosta, aparecida en el escondite del Resero. Al igual que los mensajes anteriores, Acosta anuncia la situación geográfica de las puertas de Eyeston. En este caso, se trata de un nuevo lugar: Donato Alvarez y la avenida Juan B. Justo.

—Las direcciones —dice Ponzo, el panadero— comienzan a tener un sentido definido. La primera y la segunda carta trazaron su rumbo hacia el este, luego la tercera retrocedió hacia el oeste, hacia el mismo sitio que nombra la primera carta, y por último, la cuarta y la quinta siguen prolongando la línea imaginaria hacia el oeste.

—Es cierto, y también es cierto que las distancias entre las mismas son idénticas —afirma Marianela.

—¿Estás segura?

—Sí, aquí tienen un mapa de la Capital Federal; pueden comprobarlo.

—¿Y cuál es la distancia?

—Mil seiscientos metros.

Ponzo y yo estamos asombrados: una vez más, el número 16 nos persigue.

Repentinamente alguien arroja una carta debajo de la puerta.

A la quietud que reina en la sorpresa le sucede nuestra vertiginosa corrida. Salimos a la calle.

Aunque investigamos en las cercanías de la casa, no logramos ver a nadie; quien haya sido, logró escapar protegido por la oscuridad.

Al abrir el mensaje inesperado, todos quedamos perplejos ante su contenido, y como colmo del asombro, nuestros ojos aumentaron extremadamente sus círculos ante la lectura de los firmantes.

Puede leerlo usted mismo:

Integrantes de la Cofradía Azul:

Ante todo, queremos decirles que olviden a las cofradías roja y verde, todos ellos han muerto.

En cuanto a Eyeston, tendrán que saber que la ciudad abre sus puertas en el mismo instante en que cada uno de ustedes abandona la vida.

En el año 1602, Galileo observa, comparando el balanceo de las arañas en la catedral de Pisa con su propio pulso, la notable regularidad del movimiento pendular. Ustedes descubrirán Eyeston según el tiempo y los crímenes.

La Cofradía Negra

Continúo con el relato de nuestra reunión:

La estupefacción ingresó en nuestro refugio. Yo tomo la palabra:

—Debemos estudiar este mensaje e intentar descubrir alguna pista.

Ponzo me dice:

—Disculpe Lozano, pero este asunto lo tomaría entre pinzas: jamás hemos sabido nada de ellos y ahora ¡aparecen de la nada! No podemos confiar en esa gente, arquitecto, me huele que la carta es una trampa. Le digo más, creo que la cofradía negra no existe; es posible que alguien nos mienta para confundirnos.

—Y esta carta —interrumpe Marianela, asustada— ha sido arrojada debajo de mi puerta; si es como dice Ponzo, estoy perdida: ya saben donde vivo. ¡Tengo que escaparme lejos, cuanto antes!

Ponzo le dice:

—Cálmese, ése no es un camino viable; acuérdese lo que le pasó a María, la veterinaria: se fue a Neuquén, pero igual apareció muerta.

—Es cierto, mis días están contados.

Marianela llora; Ponzo y yo intentamos tranquilizarla. Vuelvo a hablar:

—Vamos a recordar todo lo que sabemos y a estudiar minuciosamente el mensaje de la supuesta cofradía negra.

El resto de los presentes está de acuerdo. **Fin de la transcripción grabada.**

Durante horas intentamos sacar algo en claro de aquella carta, pero fue en vano. Resignados, nos despedimos hasta el mes entrante; todos estuvimos de acuerdo en no vernos hasta esa fecha por el riesgo que implica. Aunque Marianela propuso estar juntos el día 16, rápidamente descartamos esa idea porque no creemos que vayamos a salvarnos por estar los tres juntos: la fuerza a la cual nos enfrentamos es muy superior, y mejor será que algunos queden vivos el mayor tiempo posible, para poder desentrañar los enigmas. Los tres nos vamos con una copia del mensaje de la Cofradía Negra.

Facundo Lozano, Arquitecto y miembro activo de la Cofradía Azul.

Buenos Aires, 17 de mayo de 1998

LA NUEVA VÍCTIMA DEL MISTERIO SE LLAMA HUGO PONZO. Aunque quiso escapar de su destino huyendo al Uruguay, nos han llegado noticias seguras de su ahorcamiento.

Transcribo a continuación la grabación de nuestros diálogos:

Transcripción de la cinta grabada:

Reunión de la Cofradía Azul,
en la casa de Marianela Fabricio,
a la hora veinte del 17 de mayo de 1998.

Se encuentran presentes los dos últimos integrantes del grupo.

Compungidos por la muerte de Ponzo y aterrorizados ante nuestro inevitable final, Marianela y yo multiplicamos el temblor de nuestras manos en un apretón mutuo, para desencadenar luego una vibración insoportable al amparo de los abrazos. Nos separamos y comenzamos a hablar:

—Aquí —le digo— tengo la carta de Ponzo. En ella, sitúa a las puertas de Eyeston en la esquina de Helguera y César Díaz.

—La línea sigue hacia el oeste.

—Así es.

—Es extraño: una sola vez fue hacia el este, después se dirigió siempre hacia el oeste. Tiene que haber algún significado.

—Marianela, ¿ha logrado sacar algo en claro de la carta que, supuestamente, hemos recibido de la Cofradía Negra?

—Tengo algunas ideas. ¿Usted encontró alguna pista?

—No. Por favor, cuénteme qué fue lo que pensó.

—Hace tiempo que estamos seguros de saber algunas cosas; no intenté refutarlas para comprobar su veracidad, como solíamos hacer: las cosas que creemos desde hace tiempo las he tomado como algo “verdadero”. De esta forma, intenté avanzar sobre los interrogantes, sobre lo que nunca hemos sabido ni bocetado imaginariamente. Primero, he partido de “la verdad” de una premisa: el movimiento cíclico de Eyeston. Aunque nunca hemos logrado conocer todos los detalles de este movimiento, sí hemos descubierto las distancias entre sus paraderos: 1600 metros. Entonces, intentando predecir el próximo sitio de las puertas de Eyeston, quise trazar una línea recta a través de los lugares indicados por las cartas de nuestros amigos, pero aquí, señor Lozano, nos enfrentamos al primer problema: existen pequeñas diferencias entre los segmentos formados por los puntos citados en las cartas que destruyen la continuidad de la recta.

—¿No hay manera?

—No, la imaginaria recta se quiebra en cada una de los lugares citados.

—Es decir, no hay forma de proyectar la distancia, los 1600 metros, hacia una dirección certera.

—Exacto, pero le sigo contando porque he buscado un camino alternativo.

—Por favor, siga.

—Ahora entra en juego la carta que supuestamente hemos recibido de la cofradía negra. Hurgué en ella a fondo, sin olvidar la premisa “verdadera” del movimiento cíclico de Eyeston, y teniendo siempre presente el problema de cómo proyectar la línea imaginaria, es decir, el problema de cómo solucionar el enigma de uno de los dos parámetros desconocidos[2]: el Espacio, el próximo lugar de las puertas de Eyeston. Acá me detengo: hace tiempo ya que nosotros buscamos la conjunción exacta del Tiempo y del Espacio para poder descubrir la ciudad Misteriosa; y si mira bien, Lozano, usted verá que la carta de la cofradía negra también parece

hablarnos de Tiempo y Espacio: En el final dice: "*Ustedes descubrirán Eyeston según el tiempo y los crímenes*". ¿Sabe qué hice? Reemplacé la palabra "crímenes" por "Espacio". De esta forma llego a la conclusión de que el enigma del parámetro Espacio encuentra una pista en los crímenes. Y pienso: estamos buscando un lugar, un sitio, y la carta me reemplaza eso por crímenes. Y sigo pensando: no puedo dejar de pensar en una sola conclusión: Lozano, el espacio lo hallaríamos en el lugar de los crímenes.

— Gran razonamiento, nos abre nuevos caminos, pero continuando con la idea me pregunto, ¿por qué nos dicen eso después de hablar de Galileo y el movimiento pendular?

Ambos nos quedamos en silencio.

Marianela grita:

—¡El ahorcado!

—¿Qué?

—¡El ahorcado! ¡El ahorcado es un péndulo!

—¡Es cierto! Los enigmas serían resueltos en el movimiento pendular…

—… del ahorcado —finaliza Marianela.

—¡Brillante! Por eso no lograbas trazar una línea recta entre las puertas citadas por las cartas de los muertos. ¡Porque la línea dibuja una curvatura!

—Y también por eso fue una vez al este y después siempre hacia el oeste. Probablemente el péndulo toco su extremo en el paraje cercano al planetario, luego volvió por la misma línea que había dibujado en su viaje de ida, atravesando el paraje de Guatemala y Thames, citado en la carta anterior y posterior a la de María Hornos (la carta del planetario), y continuando después siempre hacia el oeste.

—Y lo hará hasta que toque el otro extremo, desde donde seguramente Eyeston volverá a recorrer la línea pendular, pero en sentido opuesto, es decir, hacia el este.

—Sólo debemos proyectar una línea curva que una los puntos que tenemos sobre el mapa; luego medimos sobre la continuación de la línea una distancia de 1600 metros desde el último paraje, citado en la carta que recibimos hoy del difunto Hugo Ponzo, es decir, Helguera y César Díaz.

—¿Y si ese lugar es el extremo oeste y ahora comienza a regresar hacia el este?

—Tendremos que arriesgarnos por una opción y yo me

inclinaría por seguir la línea hacia el oeste, porque si usted, Marianela, piensa en la repetición del número 16, llegará a la conclusión de que es muy probable que los paraderos de Eyeston sean 16, al igual que el número que señala a la mayoría de los sucesos acontecidos con respecto a todo este tema.

—Coincido; hagamos el dibujo sobre el mapa.

Según nuestros cálculos, el próximo lugar de las puertas de Eyeston será en Elpidio Gonzalez y Marcos Paz.

Marianela dice:

—Ahora sólo falta conocer el parámetro Tiempo, el tiempo exacto. La carta de la cofradía negra dice: *“En cuanto a Eyeston, tendrán que saber que la ciudad abre sus puertas en el mismo instante en que cada uno de ustedes abandona la vida”.* Esto no tenemos forma de averiguarlo y, aunque es verdad, señor Lozano, que aparentemente todos nuestros compañeros murieron a la misma hora, entre las diez y las once de la mañana, no lo sabemos con precisión en minutos y segundos. Fácil hubiera sido para nosotros que el número “16” se repitiera también en el horario de los asesinatos, pero no es así, y no habrá forma de saberlo hasta el próximo crimen en donde alguno de nosotros morirá.

El espanto se dibuja en nuestros rostros; con voz entrecortada le digo:

—Aunque esperemos hasta el mes que viene y uno tenga que sacrificarse, ¿cómo hará el sobreviviente para saber el tiempo exacto?

—Tengo una idea.

—Dígala

—El 16 del mes entrante podríamos ir juntos al lugar que hemos previsto en nuestra proyección sobre el mapa: si alguno de los dos muere, el otro estará en condiciones de atravesar las puertas de Eyeston, siempre y cuando no fallen nuestros cálculos y estemos en el lugar indicado.

—¿Y si ambos morimos?

—Habrá que arriesgarse.

—Estoy de acuerdo. **Fin de la transcripción grabada.**

Me despido, revestido de cierta esperanza. Si alguno de nosotros logra resistir al próximo “día 16”, le escribirá a usted, lector desconocido, el día 17.

Facundo Lozano, Arquitecto y miembro activo de la Cofradía Azul.

Buenos Aires, 17 de Junio de 1998

"El vago azar o las precisas leyes
Que rigen este sueño, el universo."
Jorge Luis Borges

UNA CAJA DENTRO DE OTRA CAJA, Y OTRA, Y OTRA, Y LA CAJA DEL FINAL —la más pequeña o la más grande— encuentra su fin en el inicio, porque es una caja, y descubre que siempre queda algo para albergar. Eyeston posee un número infinito de cajas. En ellas habitan los tiempos de los muertos y los vivos, porque los hombres duermen —o escriben, dicen algunos— y porque alguien tuvo la abominable idea de entregarse al sueño de la vigilia, que no es otra cosa que vivir la vigilia en un estado de sueño.

Ayer estuvimos en las puertas de Eyeston y las cruzamos de lado a lado. No somos los únicos que lo han logrado: en la esquina de Elpidio González y Marcos Paz, paradero cíclico, encontramos a otros hombres y mujeres que también han descubierto las leyes que rigen a la ciudad pendular. Asombrados, haciendo equilibrio entre la credulidad y la incredulidad, vimos personas de todos los siglos y lugares; el coronel Banegas y otros más estaban presentes.

Ahora, un día después, estamos anonadados, en el transcurso de la comprensión, pero aún seguimos vivos, y para seguir en esta condición, hamos averiguado que tendremos que estar nuevamente en las puertas de Eyeston el próximo "día 16". De lo contrario, moriremos ahorcados como nuestros amigos.

Y lo más increíble que hemos oído, prodigio que encuentra sus puertas fuera de todo lo conocido, es que mientras acerquemos nuestros pasos a Eyeston, como otros hombres lo hacen desde hace tiempo, la Vida Eterna se impregnará sobre nuestros movimientos.

Esta será la última carta, no habrá documentos ni informes adjuntos; todo el material que poseíamos ha desaparecido de nuestras manos: Marianela y yo hemos sido asaltados en nuestra ausencia; se llevaron todo lo concerniente a Eyeston, lo demás está intacto. De todas formas, enterraremos estas cartas —sobrevivieron porque las llevo siempre en mis bolsillos— que anhelan lectores curiosos que puedan resolver los últimos enigmas de Eyeston. ¿Por qué tiene tanta importancia el número 16? ¿Por qué la ciudad pendular se llama Eyeston? ¿Por qué en estos tiempos Eyeston cierne su oscilación sobre Buenos Aires?

Si usted lograra alcanzar los misterios, tal vez nosotros podamos escapar de los viajes del péndulo, cajas que encierran a la eternidad. Si fuera así, si accede a las puertas de salida, le pedimos,

le pedimos, le pedimos por favor que nos escriba una carta de respuesta y la deposite en el escondite que aguarda impaciente frente al Viejo Resero y la Avenida de los Corrales. Pero debe saber, y es mi obligación advertirle, que una sola ojeada sobre los senderos de Eyeston, lo convertirá en un integrante de la Cofradía Azul. Puede usted, lector desconocido, imaginar los riesgos de semejante condición.

Sin embargo, aunque los peligros que usted correría son muy grandes, deseamos, por nosotros, esclavos de este plan siniestro e incomprensible, que nos ayude, porque mientras tanto, mientras el rumbo de las cartas yace exánime, enterrado, sin ojos lectores que develen sus oraciones, nosotros somos inmortales condenados a muerte.

Facundo Lozano, Arquitecto y miembro activo de la Cofradía Negra

1. La pila de Carlomagno, que servía en el siglo XVI para establecer el peso de las monedas, consta de una serie de platillos o cajas de cobre que se encajan las unas en las otras, siendo la mayor la caja de la pila.

2. Los dos parámetros desconocidos son el Tiempo y el Espacio.

Lem, Dick: Correspondencias

Pablo Contursi



[1] Julio Cortázar ha contado, en una entrevista, su sospecha de que Edgar A. Poe y Charles Baudelaire hubiesen sido una misma persona [2]. Opino —en igual tono de insensatez— que Lem y Dick han sido la misma persona, por lo menos alguna vez [3] (en un texto, al menos).

I

Por lo menos una vez, Lem y Dick han creado situaciones ficcionales afines: un personaje llega a una locura especial —definida como *incredulidad acerca de toda percepción y pensamiento*— a causa de haber sufrido una serie agotadora de ilusiones sensoriales o mentales. Habiendo experimentado incontables decepciones —luego falsadas— el personaje se enferma: ya no puede confiar en su juicio ni en sus percepciones.

Curiosamente, mientras el personaje tenía alguna confianza en su capacidad de discernimiento, era presa de alucinaciones, fuera de la realidad. Cuando se convence de su incapacidad para discernir la realidad, ciertamente está en contacto con la realidad —pero no lo sabe, y por eso está en esa *otra* locura especial—. Es decir: cuando creía estar en cordura, estaba en locura; y ahora que está en cordura, cree estar en locura —y en eso consiste esta *otra* locura, parece ser la conclusión—. Acérrimo escepticismo, veneno para la mente.

II

En el cuento de Dick “Quisiera llegar pronto” (1980) el personaje es Víctor Kemmings; en la novela de Lem *Congreso de futurología* (1971), el personaje es Ijon Tichy [4]. (La locura de Kemmings nace de una agobiante iteración de recuerdos provocada por una entidad externa; la de Tichy, de la intoxicación con alucinógenos. *Congreso*

de futurología ha sido descrita como una obra “dickiana”).

En ambos casos el desequilibrio mental —la *otra* locura— es consecuencia de un exceso de irrealidad refutada —y no un exceso de ilusión en sí, como sería de esperar—. Esta otra locura, enemiga de la ilusión y del delirio sensoriales, consiste en mantener la creencia de que lo que aparece como realidad es una compleja y muy convincente alucinación. [5]

Si el recuerdo —en Kemmings— y la alucinación —en Tichy— son procesos introspectivos —ambos suceden dentro de la mente, pese ser respuestas a estímulos externos—, se puede decir: desmesura en introspección, veneno para la mente.

III

Una resonancia del tema —otra posible correspondencia— aparece en Lem, en la novela *Solaris* [6] : las creaciones F, que torturan a los habitantes de la estación, son dolorosos contenidos de la psiquis transportados al mundo material. Una lectura ingenua —fiel al punto de vista del narrador— hace pensar que en *Solaris* las creaciones F no son procesos psíquicos, sino entidades materiales, perceptibles por todos [7] . No habría, entonces, locura —salvo que dijéramos que en *Solaris* hay una *locura objetivada*: una realización material de alucinaciones—.

Sea que aceptemos dicha salvedad, o que no demos crédito a la cordura de Kelvin, es interesante observar que tanto en el cuento de Dick como en *Solaris* la culpa es el centro desde el que parece nacer la locura. (En *Solaris*, la trágica suerte del personaje que da nombre al quinto capítulo; en “Quisiera llegar pronto”, la rotura del cuadro, la muerte del pájaro, etc.) [8] . Si las creaciones F son “quistes psíquicos” copiados de mentes humanas sometidas a una “disección” [9] , los residentes en la Estación Solaris hubieran comprendido a Kemmings, quien en otro planeta (en otra narración) dice: “Pasé más tiempo en mi propio inconsciente que ningún otro ser humano en la historia. Fue peor que el psicoanálisis de principios del siglo XX. *Y el mismo material una y otra vez*“. [10]

Kris Kelvin —protagonista de *Solaris*— y Kemmings son llevados

una y otra vez a un pasado que no pueden soportar. Harey —para Kelvin—, y los mundos virtuales —para Kemmings—, son pesadillas recurrentes, *loops* del infierno. (Harey, tal como aparece en la novela, es en sí misma un *loop*.) En *Congreso de futurología* aparecen alucinaciones en capas, unas dentro de otras. Repetición del pasado, veneno para la mente.

IV

Los personajes desean que esos ciclos se interrumpan; los lectores, seguir leyendo para averiguar si se cumplirán esos deseos de los personajes. Como lectores, experimentamos estos ciclos infernales (las narraciones) con el deseo de que cada *loop* sea diferente. Y se cumple: cada lectura es un pasar por un mismo lugar (el libro) que sin embargo cambia (pues el lector ha cambiado). Toda narración es un ciclo que puede repetirse: inclusión de un tiempo (el del mundo del relato) en otro (el del mundo real). [11]

Jerarquías: los ciclos pequeños (las creaciones F para Kelvin, las alucinaciones para Tichy, los mundos virtuales para Kemmings) están incluidos dentro de otros (las narraciones *Solaris*, *Congreso de futurología*, y “Quisiera llegar pronto”, respectivamente), y éstos a su vez dentro de un proceso irrepetible (mi vida). [12]

Supongo que mi vida no es un ciclo de repetición —no es una narración—. ¿Puedo confiar en mi suposición, en esa percepción acerca de mi vida?

V

Si se trata de una ilusión, no hay modo de saberlo —por lo menos, mientras uno esté en la vida—. Es mejor confiar. De lo contrario, si uno no conoce medias tintas, el riesgo es participar de la identidad de Tichy y Kemmings y asociarse con ellos en la mayor magnitud del escepticismo, la incredulidad acerca de todo lo que existe. [13]

1. Versión corregida y aumentada de un mensaje que puse en octubre de 2002 en el foro de un sitio de la WWW.

2. Ernesto González Bermejo, *Conversaciones con Cortázar*, EDHASA, 1978. (Citado en: Revista *La Maga*, Edición Especial: *Homenaje a Cortázar*, Bs. As., 1 de noviembre de 1994, p. 5; http://www.lamaga.com.ar/www/area2/pg_nota.asp?id_nota=642).

3. Cortázar se basó en la afinidad de los escritos de uno y otro. (*Baudelaire había leído a Poe*).

Borges escribió que el lector que lee a Shakespeare *es* Shakespeare, mientras lo lee. (En realidad lo preguntó, no lo afirmó: J. L. Borges, "Nueva refutación del tiempo", en: *Otras inquisiciones*, Bs. As., Sur, 1952). (*Borges había leído a Shakespeare*.)

Son notables y arriesgadas las tres hipótesis con que Juan Jacinto Muñoz Rengel termina su ensayo "El influjo de la locura en los estilos literarios de Poe, Maupassant y Nietzsche" (en: Revista *Estigma*, núm. 1, invierno de 1998; http://externos.uma.es/estigma/page9.html). La segunda es que Maupassant enloqueció porque creyó que "Poe y él mismo eran una única persona". (*Maupassant había leído a Poe*.)

Si la literatura de ficción es un lugar de intercambio o mezcla de identidades (las de autor y lector), no soy original en mi imprudencia, como ven. (*Lem y Dick han sido lectores uno de otro*.)

4. "Quisiera llegar pronto", en: Philip K. Dick, *La mente alien*, Bs. As., Colihue, 2001. Stanislav Lem, *Congreso de futurología*, Barcelona, Bruguera, 1981.

5. Ver: *La mente alien*, p. 273; *Congreso de futurología*, p. 84. Notar que ese estado de desequilibrio es pasajero para Tichy, mientras que Kemmings jamás se recupera.

6. Stanislav Lem, *Solaris*, Barcelona, Minotauro, 1988.

7. La lectura ingenua de *Solaris* puede trastocarse si se piensa que Kris Kelvin no ha realizado, en su "*experimentum crucis*" de las últimas páginas del capítulo cuarto, una *observación científica*. (Ver: Gregorio Klimovsky, *Las desventuras del conocimiento científico*, Bs.

As., A-Z Editora, p. 47 y ss.) El procedimiento de Kelvin fracasa plenamente en alcanzar el requisito de “intersubjetividad”; pero hay más: si las percepciones de una mente trastornada no son datos empíricos, ¿por qué cree Kelvin que la coincidencia entre sus cálculos y las cifras proporcionados por el satélite constituye una prueba de su cordura, si ha tenido que valerse de su *percepción* para evaluar dicha coincidencia como tal? ¿Qué valor empírico hay en la concordancia de dos alucinaciones? (Ver: *Solaris*, pp. 58-61.)

Lo que en *Congreso de futurología* es un círculo vicioso de incertidumbres acerca de la realidad —que abarca las páginas 21-191—, es roto en *Solaris* mediante este experimento altamente dudoso. Si Kelvin no ha realizado una observación científica, entonces la conclusión —terrible— es ésta: el capítulo quinto, en que aparece el “quiste psíquico” de Kelvin, es el principio de una narración de meras alucinaciones (que probablemente se acaban en la página 201). En la última página de la novela, Kelvin las añora.

8. Por ejemplo, ver: *La mente alien*, p. 260; *Solaris,* p. 80.

9. *Solaris,* pp. 83, 97.

10. *La mente alien*, p. 270. El énfasis es mío. (Comparar con la referencia de la nota 8.) Kelvin y Kemmings se enfrentan cada uno a lo más oscuro de su propia psiquis, pero no directamente, sino a través de intermediarios: Solaris para Kelvin; la computadora de la nave para Kemmings. La mediación no es gratuita: a cambio, Kemmings y Kelvin otorgan un poder terrorífico a la entidad que los conoce, que los analiza, y ante la que se hallan indefensos. (Ver: *La mente alien*, p. 253; *Solaris*, pp. 83, 165, 191-192). En *Congreso de futurología* la mediación se produce por las drogas. (Ver p. 21 y ss).

11. Según Mircea Eliade, la lectura de literatura —una de las “principales vías de evasión” del hombre moderno— permite una “modificación de la experiencia temporal” y obtiene “una ruptura de la duración y al mismo tiempo una *salida* del tiempo”. Constituye, en el fondo, un intento por escapar del presente, y “permite la ilusión de un dominio del tiempo en el que tenemos derecho a sospechar un secreto deseo de sustracción al devenir implacable que lleva a la muerte”. Todo ello es resabio del “comportamiento mítico” en el hombre moderno. (Citas tomadas de: Mircea Eliade, “Los mitos del mundo moderno”, impreso de archivo de texto s/d. Figura en este libro: M. Eliade, *Mitos, sueños y misterios,* Madrid,

Grupo Libro 88, 1991).

Considero que, si hay intentos por salir del presente en “Quisiera llegar pronto” y en *Solaris*, es sólo para encontrar —en palabras de Dick— que *la puerta de salida lleva adentro*: las historias de Kemmings y de Kelvin —dos angustiados, inadaptados al paso del tiempo— impiden la evasión de aquel lector que únicamente busque entretenerse o distraerse —y menos divertirse, ya que poco humor hay en ellas—. Como pesadillas —que son *sueños que impiden el sueño*—, estas obras de Lem y de Dick no *divierten* ni *distraen*: la conciencia de que el paso del tiempo puede ser espantoso, y con ella el temor a la muerte, nos dan la bienvenida apenas hemos abierto la puerta de escape.

Tal vez la aventura de Tichy sea, de las tres, la que más claramente permite una “modificación de la experiencia temporal”. En *Solaris* es el pasado el que viene, encarnado en un personaje femenino; en “Quisiera llegar pronto” hay viajes a la memoria. La realidad o la locura abruman a Kemmings y a Kelvin, pero el lector no tiene problemas para identificar el presente. En *Congreso de futurología* hay párrafos enteros en los que *ni* lector *ni* personaje saben en qué momento están —en el relato, en el mundo del relato —. De a ratos pesadillesco, *Congreso de futurología* tiene mucho humor, y un final “feliz” (ver p. 192).

12. Sigo con “Los mitos del mundo moderno”, de M. Eliade. Me gustaría pensar que los ciclos pequeños son para Tichy, Kelvin y Kemmings lo que sus historias son para nosotros, los lectores. (¿Qué son estos ciclos pequeños sino experiencias de salidas del tiempo? Kelvin y Kemmings vuelven al pasado; Tichy viaja al futuro.) Leer estas narraciones sería como imaginar dar dos saltos fuera del tiempo profano, revivir el “Gran Tiempo” por partida doble: una experiencia del mito dentro de otra.

No obstante, en el caso de “Quisiera llegar pronto” y de *Solaris*, los lectores somos devueltos a aquello de lo cual la lectura —según Eliade— nos quiere alejar: el momento presente, la conciencia de que el tiempo fluye sin nuestro consentimiento, la insatisfacción del deseo de sustraernos al *devenir implacable*. La evasión es imperfecta. Dominamos, es cierto, el “tiempo concentrado” y “quebrado” de un relato en el acto de su lectura —o de su interrupción—; está fuera de nuestra voluntad el salvar a Kemmings y a Kelvin de sus pasados: si alguna vez hemos sentido temor al *devenir implacable*, lo reviviremos en estos relatos —mientras los estemos leyendo, o sea en algún presente—.

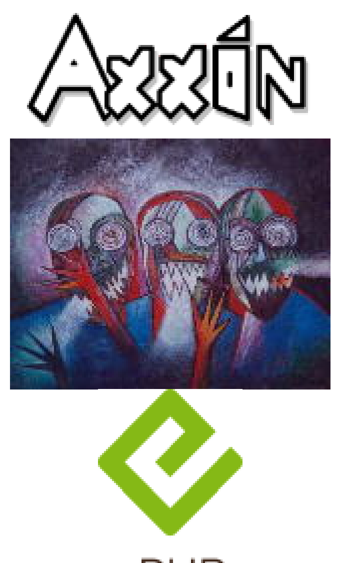
Si, como creo, Eliade incurrió en una generalización en su idea

de la lectura en relación al comportamiento mítico del hombre, entonces hemos hallado algunas de sus excepciones.

13. Otra explicación, imprudente y poco sensata, para las locuras de estos personajes: Kemmings enloqueció porque creyó que *Tichy y él mismo eran una misma persona*.

Pero no estaría bien escribir que *Dick creyó que Lem y él mismo eran una misma persona*; si yo lo hiciera, sería casi como convertir a este texto en un cuento de ciencia ficción. (Todo lo precedente a esta nota sería una acumulación de datos y reflexiones dispuestas de un modo persuasivo sólo para prestarle al cuento esa intención de verdad que tienen los ensayos.)

Ilustración de Valeria Uccelli
Axxón 128 - Julio de 2003



Encuéntrenos en http://axxon.com.ar
Otros números de Axxón Móvil: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
Twitter: **@axxonmovil**
Facebook: **https://www.facebook.com/AxxonMovil**